

# ALTAR Y TRONO.

REVISTA HISPANO-AMERICANA,

REDACTADA POR LOS MAS CONOCIDOS ESCRITORES CATÓLICO-MONÁRQUICOS,

Y DIRIGIDA POR LOS SEÑORES

D. A. J. DE VILDÓSOLA Y D. VALENTIN GOMEZ.

## SUMARIO.

D. Carlos de Borbon y de Este: su historia, su retrato, su carácter, su vida, sus costumbres, etc. (conclusion): por X.—La venta de la isla de Cuba, por D. A. J. de Vildósola.—Del suicidio, por D. D. Hevia.—Estudios económico-sociales: la economía política y el catolicismo (continuación), por el P. D.—El último folleto del Sr. Aparissi.—Virginia, ó Roma en tiempo de Neron: novela escrita en francés por Villefranche, y traducida por don Francisco Melgar (continuación).—Revista de la semana.—Correspondencia extranjera.—Advertencia.—Con este número se reparte además el pliego 12 y último (16 páginas) de la obra del P. Magin Ferrer, *Cuestión dinástica*.

## D. CÁRLOS DE BORBON Y DE ESTE.

SU HISTORIA.—SU RETRATO.—SU CARÁCTER.—SU VIDA.—SUS COSTUMBRES, ETC.

### XI.

Quien haya estado en Paris, y conozca, siquiera sea superficialmente, esa nueva Roma pagana donde todos los vicios tienen su templo, y donde el placer agota todos los recursos que puede inventar la imaginación mas fecunda y pervertida para multiplicarse y adoptar formas seductoras desconocidas hasta el presente, comprenderá todo el mérito de la vida que lleva allí D. Carlos, y que han presenciado miles y miles de españoles.

Téngase en cuenta que es un jóven de veintinueve años, fogoso, lleno de vida y de ilusiones, como quien no ve sino *cielos azules recamados de oro*, que diria Selgas. Pues ese jóven, educado en las faldas de su santa madre, y lanzado de pronto al torbellino del mundo y en el centro de la corrupcion europea, se levanta á una hora regular, oye una misa que le dicen en su misma casa rodeado de su angelical esposa y de su distinguida servidumbre, se pone en seguida á trabajar, á recibir gentes, á oír consejos, á leer periódicos, hasta la hora de salir á dar una vuelta por el *Bosque de Bolonia*, á caballo, si sus ocupaciones se lo permiten.

Despues de comer tiene tertulia, una modesta tertulia compuesta esclusivamente de españoles, y á la cual asisten por turno las personas adictas á la causa que se hallan en Paris, de todas clases y condiciones.

Todas son iguales allí ante la majestad del Rey, que no hace distinciones de nacimiento, sino del valer personal.

Recogido en la santidad de su hogar doméstico,

pasa tres horas agradabilísimas para todos los concurrentes, teniendo una palabra de cariño para cada uno de ellos.

Se toca el piano, se baila un poco alguna vez, pero sin etiqueta, sin frac, salvo en los dias de recepción general; se juega al tresillo ó á juegos de ingenio (*jeux d'esprit*), y á eso de las once y media los augustos esposos dan la señal, retirándose, de que se ha terminado la velada.

Repito que para quien sepa lo que es Paris, esta vida es admirable, ejemplarísima.

No es maravilla, por tanto, que el nombre de los *Duques de Madrid* sea en aquella corrompida Babilonia generalmente respetado y admirado.

Los que han visto durante la Esposicion universal la conducta observada por los Reyes y los príncipes que de toda Europa acudieron á la invitacion del Emperador, ¿no han de asombrarse de que el jóven Duque de Madrid sea modelo de Reyes y príncipes, no dando ni la menor excusa á la traidora murmuración?

Si alguna vez se le ve en el teatro, su esposa, su ángel tutelar está á su lado.

Salvo cuando sale á caballo, D. Carlos va siempre con su ilustre compañera á todas partes.

La ama gravemente, como aman los españoles. Daria por ella la vida, pero no lo dice.

Doña Margarita ama á su esposo con el corazón de italiana, frenéticamente.

Doña Margarita daria todas las coronas del mundo por evitar á D. Carlos el mas leve contratiempo.

No conozco en la historia dos personajes á quienes comparar estos dos ilustres príncipes, si no es á los Reyes Católicos.

Por el amor que mutuamente se profesan, por la ejemplaridad de su vida, por su carácter, y hasta por lo que representan, tienen grandes puntos de semejanza con aquellos insignes Reyes.

D. Carlos es mas fogoso que lo fue D. Fernando V de Aragon; pero participa de su profunda gravedad y de su firmeza de carácter. Severo como él en el cumplimiento de la ley, cauto y valeroso, tiene además el mismo desprecio por las vanidades del mundo, y aquella tenacidad aragonesa que le hacia

saltar por cima de todos los obstáculos para lograr el fin que se proponía.

Doña Margarita, no tan varonil como Isabel I, tiene su misma virtud, su misma fe y su misma sencillez de costumbres.

La he visto con frecuencia, rodeada de sus damas, coser algunas chucherías para su hija, y hacer labores formales para su propio uso.

¿No nos pintan los historiadores entretenida en estas mismas tareas á Isabel la Católica?

Si quereis presenciar un cuadro conmovedor en que aparezcan con toda la belleza de la sencilla virtud dos modelos de Reyes cristianos, id á Paris á la calle de Chauveau-Lagarde, núm. 14; visitad á los Duques de Madrid, á los hijos de cien Reyes, que os recibirán con sin igual afecto y familiaridad, y luego decid á todo el mundo lo que hayais sentido y pensado ante aquel cuadro de familia: estoy seguro que hareis una gran propaganda en favor de D. Carlos.

¡Ah! Si los viera España, no se derramaria ni una sola gota de sangre para hacer triunfar la causa del catolicismo y del derecho dinástico.

Esto dicen todos los que los han visto, amigos y adversarios, y esta es la verdad.

## XII.

Voy á concluir estos ligeros apuntes haciendo algunas consideraciones sobre la situación actual del partido carlista.

Antes, séame permitido decir á mis lectores, con referencia á lo que dejo escrito respecto de la augusta persona de D. Carlos, que, hijo del pueblo y amante del pueblo hasta un extremo á donde no llega, de seguro, el demócrata mas furioso, no he doblado jamás mi rodilla ante los grandes de la tierra para pedir mercedes. He besado la mano de mi Rey porque en él veo yo la legítima autoridad suprema de mi patria, autoridad procedente de Dios, como la de mi padre. En este concepto se besa la mano al padre y al Rey, prescindiendo de la persona y considerando la autoridad en toda su pureza. Se me creerá, pues, si digo que ni uno solo de los elogios que he tributado á D. Carlos es hijo de baja y rastrera adulacion. He manifestado sinceramente lo que sentia. Por fortuna hay muchos que pueden dar testimonio de mis palabras. A ellos apelo.

La prensa liberal, que vive de la calumnia y de la difamacion, ha intentado herir por la espalda á don Carlos, ya que no podía herirle de frente. Buscando defectos en quien, si los tiene como hombre pecador, resplandecen las virtudes y el mérito de un modo que nublan los defectos, ha tratado de negar las cualidades intelectuales de aquel insigne príncipe. Los que tal dicen, solo citan una autoridad en su apoyo: la de cierta persona ex-carlista, á quien ni siquiera conozco, pero de quien se afirma que en sus labios

*hasta la verdad es sospechosa.* Contra esa única autoridad está la de miles de españoles que sostienen lo contrario. Y yo aseguro, bajo mi palabra de caballero, que D. Carlos tiene muchísimo mas entendimiento, por lo menos, que todos los periodistas juntos que se lo niegan. Y no digo mas sobre esto.

Segun todas las señales, el partido carlista ha abandonado el terreno casi neutral en que le encerró la tiranía liberalesca, y se ha lanzado á reivindicar sus derechos por medio de la fuerza.

Los periódicos liberales claman con *santo* furor contra los horrores de una guerra civil encendida, segun ellos, por los fanáticos secuaces del oscurantismo y de la teocracia.

Harto mas grande y mas sincero es el dolor que nosotros sentimos al ver que nuestra sangre, nuestro valor y nuestra riqueza los prodigamos en luchas fratricidas, cuando debíamos guardarlos para mas altas y patrióticas empresas. Pero recordemos hechos.

La revolucion de setiembre, al lanzar del Trono á doña Isabel de Borbon, desgarró la niebla bajo la cual se ocultaba, medio amortecido, el gran partido legitimista español.

Este acontecimiento, que arrancó la máscara del hipócrita doctrinarismo y le lanzó vergonzosamente de las esferas del poder, vino á colocar al partido carlista, brioso y jóven como si por él no hubieran pasado treinta y cinco años de amarguras, frente á frente de la democracia que triunfó en Alcolea. Los dos principios contradictorios, los dos enemigos de siempre, el que representa el derecho de Dios sobre la razon humana, y el que simboliza el derecho de la razon humana sobre Dios, quedaron dueños del campo, y se apercibieron para dar la gran batalla, la batalla decisiva tal vez para el porvenir de España y de Europa.

Mas apenas constituido el gobierno provisional, formado por demócratas de nuevo cuño, doctrinarios por esencia y por rutina, se comenzó á alterar algun tanto el primitivo y verdadero carácter de la revolucion social que se estaba verificando. Tenia esta trazas de ser, por lo menos, grande en el tamaño: los provisionales la empequeñecieron, reduciéndola á los miserables límites de un motin militar.

Consecuencia de esto fue la conducta observada por el gobierno en las elecciones. Para el partido carlista no hubo libertad, sino vejaciones y tropelías sin cuento, hasta el punto de que los periódicos católicos se vieron en el caso de formular una protesta y de aconsejar el alejamiento de las urnas.

El mezquino temor del gobierno, falto de fe en los principios que acababa de proclamar, cerró bruscamente las vias legales al partido carlista. Ni siquiera le concedió que se hiciera por un plebiscito el nom-

bramiento de monarca, cosa que estaba dentro de la doctrina democrática, y no de nuestra doctrina. Negose el plebiscito. ¿Por qué? El entonces ministro de Fomento lo dijo bien claro en el Congreso, con esa ruda franqueza que le distingue: porque con el plebiscito hubiera sido Rey Carlos VII, el que ya lo es de derecho.

Ahora bien: cuando la arbitrariedad y la tiranía se llevan á semejante extremo, ¿qué recurso queda? Uno solo, que está justificado en el derecho de la propia defensa. El de combinar un plan acertado y seguro para dar un golpe de mano que lance al gobierno del puesto que ilegítimamente ocupa. El plan, en estos casos, debe ser hábil y prudentísimo, para evitar en lo posible ese cúmulo de males que traen consigo irremisiblemente las luchas á mano armada. Esto determinó el partido carlista, despues de haber agotado todos los medios pacíficos imaginables para recabar del gobierno esa libertad que tanto se venia ponderando en banderas, proclamas y discursos desde el primer grito de rebelion que se dió en Cádiz. ¿Puede, por consiguiente, sostenerse que el partido carlista, viéndose en minoría, trata de imponer á España un Rey cuyo triunfo no ha podido lograr por los medios legales? No: mírese como se quiera la cuestion, nadie será poderoso á demostrar que el partido carlista apela al último recurso injustamente. Teniendo de su parte el derecho, como símbolo del orden, ha sido tiranizado y perseguido: aceptando la legalidad que la misma revolucion ha querido darle, se le ha espulsado del seno de la legalidad... ¿Quereis que se cruce de brazos y doble la cerviz ante el yugo que se le impone? ¿Quereis que ni siquiera se defienda? Pues quereis lo imposible, y exigís lo que no tenéis derecho á exigir.

La responsabilidad de los acontecimientos no es del partido carlista, sino de quien ha violado, á mas de la justicia, la ley que él mismo dió para todos.

Sea, pues, cualquiera el resultado definitivo de los sucesos que se preparan, nadie podrá decir con razon que D. Carlos ha encendido la guerra civil en España. Poseyendo un derecho y ademas la representacion del único principio de orden salvador de las sociedades se sometió voluntariamente á la ley del sufragio proclamada por la revolucion. No se le respetó, y cree, de consiguiente, que con toda tranquilidad de conciencia puede apelar á las armas para reivindicar sus derechos y defender á la sociedad de los ataques de la demagogia.

Tal es la situacion en que nos encontramos. Triste, mírese desde el punto de vista que se quiera, pero natural y lógica dado el hecho de la revolucion de setiembre.

¡Dios querrá, y de todas veras se lo pedimos, que sean cortos los dias de perturbacion y angustia, y que en breve luzca aquella brillantísima aurora de paz y

bienandanza reservada para las naciones que se han purificado en el crisol del infortunio!

X....

## LA VENTA DE LA ISLA DE CUBA.

### I.

El tiempo ha descubierto ya una verdad, y nos está estos mismos dias descubriendo otra: la verdad ya descubierta es la de que los revolucionarios de Cádiz, los que en esa ciudad fatalmente destinada á teatro de hazañas revolucionarias dieron el grito falaz de *¡España con honra!* tenian preparada en Cuba, para el caso de que su tentativa fracasara, la deshonor de España; la verdad que se está descubriendo es la de que esos mismos hombres hoy de otro modo negocian, y esta palabra lo dice todo, la misma muerte. Ayer, en la duda del triunfo, se tenia preparada una insurreccion al otro lado del Atlántico; hoy, por sostenerse ó por no perderlo todo, si el poder se pierde, se trata de vender la isla de Cuba á los anglo-americanos.

Es preciso que todo se aclare; es preciso que todos, por una protesta unánime y enérgica, rompamos esa cadena de faltas, ya que no las llamemos de otro modo, cuyo primer eslabon representa el primer grito de independencia lanzado en Cuba, y llega al último, en el que se señala su venta, y con ella nuestra completa deshonor, por una serie de indignas transacciones y contemplaciones.

Cuando se trata de cosas de tal gravedad y trascendencia, ningun temor debe contener nuestra pluma, y poco puede importarnos la furia de unos cuantos hombres, cuando tendremos á nuestro lado á todo el pais, cuando demandan nuestra energía todos los intereses y todos los sentimientos del mismo pais comprometidos y befados.

### II.

Ya hoy ni duda cabe sobre lo que por este tiempo hace un año se tenia preparado: recientemente un periódico de Nueva-Yorck ha entrado en toda clase de detalles acerca de los proyectos ya puestos en via de ejecucion por los ilustres y españoles generales y marinos que consumaron la revolucion. Recordamos que en los dias que mediaron desde el 18 hasta el 30 de setiembre, desde que se dió el grito en Cádiz hasta que se triunfó en Alcolea, solia preguntarse: «¿Qué harán los generales y los marinos sublevados si son vencidos?» Y recordamos que todo el mundo se decia, respondiendo á la pregunta: «Tienen la retirada segura con la escuadra; y como no se puede dudar de que amen á su patria, claro está que se refugiarán en Francia ó en Inglaterra, entregando allí los buques, que de ese modo volverán á nuestro poder.»

Y todos se equivocaron, ó, mejor dicho, todos nos equivocamos. Los generales y marinos daban el golpe sobre seguro: no solo tenian segura la retirada, sino que contaban con enseñorearse de la porcion mas rica y bella del territorio español, con arrebatár á España su mas preciada joya. Los generales Serrano y Dulce han mandado en Cuba, y el segundo está emparentado con una de las familias mas ricas de la Isla; Prim ha mandado

tambien en Puerto-Rico, y nadie ha hablado jamás como él el lenguaje de los enemigos de España al otro lado del Océano; en cuanto á los marinos, todos ellos tambien tienen grandes relaciones en Cuba, y por lo tanto fueles muy fácil preparar las cosas para el caso de que se viesen derrotados en España. ¿Qué resistencia hubieran podido encontrar en las autoridades de la Isla, completamente desapercibidas para semejante peligro, ni en el mismo poderoso elemento, elemento peninsular, mas desapercibido todavía, al ver presentarse delante de la Habana toda la escuadra española con tres ó cuatro mil hombres de desembarco y con media docena de generales de renombre, que contaran con toda la insurreccion que estalló entonces mismo y que aun se sostiene?

Lo que ha sucedido desde entonces prueba que toda resistencia habria sido inútil, á la vez que pone de manifiesto el plan de los revolucionarios españoles. Si el movimiento insurreccional estalló simultáneamente en España y Cuba, fue porque simultáneamente, y por los mismos hombres, se habia preparado; si despues se ha sostenido, se debe eso precisamente á la fuerza que recibia del gobierno constituido en Madrid y de las autoridades enviadas á Cuba, cómplices suyos unas y otro; si ahora mismo, á pesar de la actitud resuelta é imponente de los voluntarios, y del ejército, y de España entera, no se deja abatir, es porque aun espera que el gobierno de Madrid y los hombres de la revolucion dominan en su favor los sentimientos de España entera, y sean mas fuertes que la decision del ejército y de los voluntarios.

¿Y se puede decir que se equivocan? Aquí entramos en el exámen de la cuestion de actualidad, en la de la venta de la Isla; hecho que, al explicar todos esos antecedentes, se explica tambien por ellos mismos.

### III.

La situacion en que se vieron colocados los revolucionarios de España tan pronto como estalló la insurreccion de Cuba, no podia ser mas difícil; y en ella, haciéndola por momentos mas crítica, les mantiene la persistencia de la insurreccion. Si resueltamente, con la energía que demandaban la magnitud de los intereses comprometidos, perseguian y castigaban á la insurreccion, hallábanse espuestos á que se descubrieran sus planes anteriores, y á que sus cómplices les acusaran á la faz del mundo de crueldad y de perfidia. Si, al contrario, dejaban á las claras que la insurreccion buscara una victoria sin combate, tenian que contar con que la indignacion del pais en masa les arrojaria del puesto á que se habian encaramado, sepultándoles bajo su desprecio.

En esa alternativa, rechazando toda solucion, aceptaron el espediente que naturalmente se les presentaba: el de hacer como que perseguian y condenaban la insurreccion cubana, en términos que España no dudara de sus intenciones de acabar con los enemigos en Cuba, y de que estos no se vieran en realidad molestados, atrayéndoles á someterse por medio de concesiones que para un próximo porvenir les prometieran la realizacion de todas sus esperanzas. Con el general Dulce destinado á la capitanía general de la Habana, con la gente que le acompañó y con las concesiones de que era portador,

se creyó conseguido todo, y motivo habia para esperararlo. Fracasó, sin embargo, el plan, el espediente, porque eso acontece generalmente con los espedientes. Á los insurgentes les pareció que era seguro su triunfo inmediato, y que no debian fiarlo á las mayores probabilidades del porvenir, siendo tan grandes las del presente; á los peninsulares, que se verian maniatados enfrente de una insurreccion que les amenazaba en sus vidas, haciendas y en todos sus sentimientos de patriotismo, les pareció que callarse era suicidarse. Los unos, los insurgentes, no se sometieron; y prevaliéndose de las concesiones, tomaron gran vuelo, creyéndose que todo les era permitido, y viendo que en efecto todo se les permitia; los otros, los peninsulares, despues de mil respetuosas demostraciones, adoptaron una resolucion enérgica, y separando á Dulce y embarcándole para España, dieron un empuje vigoroso á la represion, y prescindieron de inoportunas contemplaciones. El gobierno de Madrid ha vuelto á verse puesto entre la espada y la pared; se encuentra en el mismo compromiso en que antes se viera; y ya, no encontrando ningun otro espediente, apela á la mas triste y antipatriótica solucion: á la de la venta de la Isla á los *yankées*.

### IV.

No se trata aquí de presunciones; se trata, por desgracia, de hechos.

Primero. El gobierno de Madrid no ha querido combatir la insurreccion; eso está probado en el mando que se dió á Dulce y en las concesiones de que Dulce fue portador; y claro está que menos, mucho menos ha de repugnar á hombres que consentian en el triunfo de una insurreccion, una venta que un desastre.

Segundo. El gobierno de Madrid ha seguido demostrando su parcialidad por los insurgentes contra los peninsulares, como lo dice el hecho de que haya recibido á Dulce con toda consideracion, y de que cuente en su seno, encargado del ministerio de Ultramar, con un demócrata de esos que dicen que se salven los principios y se pierdan las colonias, y por lo tanto la venta puede darse por decidida.

Tercero. Los íntimos amigos del general Prim, los que disponen de los periódicos franceses é ingleses mas acreditados, dicen ya en esos periódicos que seria convenientísima para España la venta.

Cuarto. Los artículos que se están publicando en *La Época*, en los que se insinúa lo mismo con el tacto especialísimo del periódico.

Quinto. El viaje precipitado del general Sickles, representante del gobierno de Washington, conocido por sus ideas anexionistas.

Sesto. La precipitacion con que ese representante, despues de haber sido recibido por los ministros en Madrid, ha sido llevado á la Granja.

Sétimo. Lo que aun se está viendo en la Isla, donde los insurgentes, lejos de ceder, se mantienen esperanzados y en relaciones constantes, no ya solo con el gobierno de Washington, sino con los mismos hombres de Madrid.

¿Se necesita otra cosa? ¿No está ya bastante clara la intencion de los gobernantes?

Concluimos nuestro último artículo dando la voz de

alarma por una presuncion; hoy repetimos esa voz mas viva, queriendo que todos la oigan. Ahora, que los hombres que tengan un átomo de patriotismo miren por su patria.

A. J. DE VILDÓSOLA.

### DEL SUICIDIO.

Ese horrendo monstruo, el mas enorme y atroz de todos los crímenes, porque priva al hombre hasta de los consuelos de la esperanza, es un aborto de la desesperacion, mas cruel aun que el asesinato. Si la vida es un campo de batalla, en la cual tanto necesita el cristiano de los auxilios divinos, que lo hagan superior á los combates y tribulaciones para merecer la inmortal corona, no pueden ser mayores el *delirio* y la *impiEDAD* del sofista ginebrino al decir que *no rogaba á Dios porque nada tenia que pedirle*; ni el materialismo y la demencia del bárbaro E. Sué, diciendo que «toda criatura tiene derecho de volver su vida á Dios cuando le sea insoportable y odiosa, y que son meras preocupaciones cuanto se diga en contra.» Pero ¿quién es el hombre, vil gusanillo que se arrastra en el polvo de la tierra, para apostárselas al Omnipotente? ¿Y en qué ocasion puede nunca ser odiosa la vida al hombre, viva imágen de Dios? No; jamás el dichoso mortal á quien el Altísimo entregó el imperio del mundo, se halló ni se hallará en tan angustiosa situacion; porque, segun el Crisóstomo, *ninguno recibe daño sino de sí mismo*; y dice el Apóstol que todas las cosas cooperan al bien de los fieles amadores de Dios.

A la sola luz de la razon, los antiguos filósofos Pitágoras, Ciceron y Sócrates condenaron el *suicidio* como un delito contra la Providencia. Estaba, pues, reservado al siglo XIX, tan materialista y ateo como el siglo XVIII, llevar el desprecio sacrílego de la divina ley al extremo espantoso de contar en solos veintisiete años; y en medio de la cultura francesa, 71,418 *suicidios*. Y sin embargo, es tan evidente como una demostracion matemática que el matador de sí mismo es aun mas criminal y cobarde que el duelista, ó que el general huyendo de una manada de ovejas, creyéndola un ejército formidable. Pues cuando la irreligion no consuma ese crimen, es cierto que en lugar de razones solo se apoya en fantasmas.

Así se comprende que la apología del *suicidio*, no solo es un *sarcasmo* á la desgracia, sino un insulto á la sociedad, y un ultraje á la Religion; un crimen, por último, de *lesa majestad divina y humana*, que hiere y mata todas las costumbres, todas las virtudes religiosas y sociales.

Es que la *indiferencia*, el *materialismo*, la *impiEDAD* y el *ateismo* no conocen otro fin último que *comer, beber, gozar... y coronarse de rosas: oras enim moriemur*, en espresion de los libros santos. Pero ¿será posible que el *hombre*, rey del universo, la obra predilecta del Omnipotente, no tenga un destino futuro mas noble, menos grosero que los brutos? Pues todos los seres de la creacion se levantan á vindicar el ultraje hecho á la divinidad por los insensatos cuya suerte futura pretenden vincular á la punta del puñal, ó al piston de un *revolver*. Es una torpe calumnia en España el atribuir hoy ese atentado á la expansion de la juventud contemporánea,

cuando solo representa el extremo de la impiEDAD, ó el delirio de la flaqueza humana, escitado por las doctrinas deletéreas del siglo.

¡Tan cierto es que la energía y toda la fuerza del alma, como dice Lista, no está en las pasiones sino en la razon! Porque las pasiones sin freno anuncian por lo comun un ánimo apocado y débil. Lo peor es que el funesto extravío de los principios de la razon *natural y divina* arrastra á la sociedad moderna hácia el abismo, fascinada por las teorías de Rousseau, Voltaire, Blanchard, Volney, Holbach, Espinosa, Hobbes y otros, que, al decir de Heinecio, *eodem furore pascebantur...* Pero ¿de qué manera? En un género de literatura indefinible, que es la quinta esencia de la filosofía de los dos últimos siglos, y á la sombra de un fantasma anticristiano, antipolítico y antisocial, que dicen *romanticismo*; que á pesar de estar ya *cien veces derrotado*, aun se fatiga, y no en vano por desgracia, para resucitar en España y en todo el mundo ese odio contra los Reyes, los sacerdotes y las virtudes, que produjo los desastres de la Revolucion francesa. Por esta razon se dice que toda obra perniciosa, inmoral, es mala en literatura, y no la salvarán de tan justa sentencia ni la elegancia del estilo, ni lo gráfico de las descripciones, ni la perfeccion misma de las combinaciones dramáticas. Si faltasen mil otros ejemplos, testimonio serian de tan triste verdad *El Juicio errante, Los Miserables, Nuestra Señora de Paris, Lucrecia Borgia y Carlos II el Hechizado*.

Pues nada existe mas deforme y asqueroso que la *inmoralidad*, que carece *absolutamente* de interes, y no produce ilusion alguna; y es una verdad filosófica que no hay belleza donde falta la virtud, puesto que tales producciones carecen de la principal de todas las bellezas. En un siglo en que, oscurecidas las ideas mas luminosas, se llama *bueno* á lo malo, y *malo* á lo bueno, hasta el delirio de pretender los neo-filósofos que se den un abrazo monstruoso la *verdad* y el *error*, acaso no despreciará la amable juventud española, ávida siempre de sana doctrina, estas humildes reflexiones, cuyo fin es ocurrir, siquier sea con un poco de agua, en contra del incendio universal, que amenaza convertir al mundo en un monton de cenizas, y anegar los escombros del edificio social en lagos de sangre humana; á semejanza del viajero que de corrida va sembrando algunas semillas, al decir de un celebrado escritor español, seguro de que detras vendrá quien las cultive y logre una mies abundante. Si algo dice la historia, la Religion y la moral cristianas son el mas poderoso freno del suicidio, del duelo y de todos los males que destrozan el mundo; y como bastó en otro tiempo, bastaria hoy su sola influencia para estirparlos de España.

Por esto se dijo que vale mas una sola máxima del Evangelio que todas las leyes de los mejores Códigos de Europa. Porque la violencia que la moral cristiana exige del hombre es muy suave: *jugum meum suave est, et onus meum leve*. En vez de exasperarle, le halaga; si estrecha el cuerpo, ensancha el espíritu, y distingue al hombre del bruto. «¿Qué mérito hay, decia el tribuno Carion, en ceder al atractivo del placer y al sentimiento del dolor? Pues tales causas impulsan á todos los animales; pero solo es dado por su fuerza moral al hombre el resistir al ímpetu de las pasiones. Lo que es propiedad

de su naturaleza, constituye su gloria, y elévalo sobre todos los seres de la creación.» No hay, pues, en la escena del mundo moral un espectáculo tan interesante y bello como el hombre dominando el furor de las pasiones que lo combaten sin tregua, y fijando la ligereza de sus pensamientos; hé aquí el secreto del heroísmo y el gran mérito de la *libertad* en acción, según Horacio: *Quis igitur liber? sapiens, sibi que imperiosus.*

Mas, ¿qué corona merece un mortal *cobarde* que sucumbe al primer impulso de una débil pasión de ánimo; que, esquivando la vista de un *fantasma*, *se mata á sí mismo*, viniendo á morir *realmente* de miedo, como la tímida liebre...? Y siendo el hombre el mas valiente de todos los animales, por los poderosos recursos que ha puesto á su disposición el Supremo Hacedor, ¿qué galardón será digno del que así dispone de una cosa que no es suya, sino en *usufructo*? Porque solamente Dios es el *dueño y árbitro* de la *vida* y de la *muerte* de sus criaturas. Caiga sobre el suicida la execración universal, y que su nombre sea borrado del libro de la vida y de la memoria de los hombres. Pero ¿pudiera ser tan horrible atentado efecto acaso de una *enajenación mental*? En otro tiempo tal vez lo sería, cuando la Religión y la moral de Jesús dominaban en el mundo; mas en el moral cataclismo que atravesamos, no será ya tan fácil probarlo como decirlo. El Evangelio de Cristo vino siendo ley en España desde hace mas de once siglos. Mas hoy la ley española es la Constitución *atea* de 1869, y el Evangelio de Cristo ha sido reemplazado y sustituido por el *Evangelio popular* de Roque Bárcia *¡o tempora...!* que pasea la Península en triunfo, y escoltado por la *Teoría del infierno*, *La cuestión pontificia*, *El matrimonio civil*, digno remate de *El Evangelio del pueblo*, con las epístolas del mismo Bárcia á Olózaga y Moret, obras todas dignas de la recompensa de la Iglesia y del Estado que aquel autor ha gozado en los calabozos, y lo dejaron tan *pobre y enfermo* como lo asegura él mismo en su *Carta al Prelado de Osma*; y obras todas ellas en las cuales descuellan todos los delirios del orgullo y de la ignorancia petulante del *evangelista* del pueblo.

La *Religion*, la *humanidad* y la *patria* envían al cielo gritos de dolor, á vista del miserable *suicida* que por su propia autoridad priva á un padre de sus hijos, á los hijos de un padre, á la esposa del amparo de su esposo, á la patria de un ciudadano, á la sociedad de un miembro; acción execrable y reprobada por Dios, que nos dice: *Ego occidam, et ego vivere faciam*; que roba al Altísimo su autoridad soberana, y espira con el puñal del crimen clavado en el corazón divino, á semejanza del desgraciado Judas: puñal que sepulta su infeliz alma en los ardores eternos del infierno, según el dogma católico. ¡Oh ignominia! Desde la sublime altura del ángel, en que fuera colocado por Dios el venturoso mortal, en un momento de vértigo satánico desciende por sí mismo á un grado inferior á las bestias, cuyo natural instinto vigila en su conservación; y además se acredita el *suicida* de ser el *misántropo* mas temible:

Pues, como tú lo verás,  
el entendimiento clama  
que aquel que á sí no se ama  
nunca amará á los demás...

Al contrario de *Saturno*, que devoraba sus propios hi-

jos, el monstruo del *suicidio* devora al padre mismo que lo engendró; y como espira reo de un delito eterno que ya no puede expiar, queda eternamente hundido en los sempiternos ardores del abismo. Hé aquí por qué generalmente la Iglesia niega los honores de la eclesiástica sepultura al que *se mata á sí mismo*, si alguna circunstancia favorable no se descubre que lo haga digno de compasión, por ejemplo, la *demencia*, que es la segunda de las tres cegueras que presenta el maestro Feijóo como causas del *suicidio*, y la llama *ceguera natural*; la primera es la *ceguera del error* contra la fe; y la tercera es la *ceguera* por los excesos de una *vida torpísima*. Los *suicidios* de *Neron*, *Strozzi*, *Diderot*, *Rousseau*, *Larra* y otros, pudieran atribuirse á la primera ó tercera de las causas dichas, ó á las dos juntas, y la segunda verosíblemente á otros infelices que han tenido la misma desgracia, siendo ellos y sus familias de excelentes y religiosos sentimientos, en lo cual habrá influido no poco la ignorancia.

En los países católicos, el sepulcro digno del *suicida* suele ser una *fosa* ó *muladar* inmundo, y asquerosos reptiles las flores que lo llenan y lo hacen mas horrible, como símbolo del infeliz estado de su alma en la mansión de los tormentos interminables. El emblema, pues, que debía figurar sobre su losa es un genio espantable como el que describe Petronio, cercado de víboras, ó de las serpientes de Laocoon, de la rueda de Ixion y del buitre de Ticio, con esta inscripción: *Dixiste justitiam, moniti, et non temere divos...* Y para escarmiento de los vivos, la cabeza del matador de sí mismo debe colgarse de una *escarpia* ó varal muy alto, en el sitio mas público de las poblaciones. Pues no solo es *enemigo eterno* de Dios, sino de toda la naturaleza. Los tesoros y bienes inmensos de la creación quedan sin destino, sin objeto, una vez que el hombre que era su dueño los desprecia quitándose la vida; de modo que cuanto es de su parte el *suicida* pone manos violentas en el mismo Dios, del que es imagen.

En la severa reprensión de San Agustín al que *se mata á sí mismo*, le enseña que no puede recibirse de propia mano la muerte, sino de otro, como dijo Jesús al Príncipe de los Apóstoles: *alter te cinget...*; y es por la elevación y grandeza del futuro destino del hombre. Mas, ¿qué son estas reflexiones cristianas para una juventud aletargada por el veneno de la filosofía moderna? El insensato de nuestros días, en vez de llenar los *deseos de Dios* contemplando á sus criaturas, solo busca en estas al *Dios de sus deseos*. El corazón humano siente un vacío inmenso, que no puede colmar la erímera duración de la vida, y corre frenético en busca de un imposible: mas como no le sacian los goces mezquinos á que aspira, viene á estrellarse, el mísero, contra el broquel de la impotencia. La divina Providencia le señala el centro de la felicidad eterna, fin último del hombre humilde y fiel al Señor. Pero el mortal sin ventura se deja arrastrar por la pasión cobarde y villana que lo arroja en el infierno por la *execranda peccata* del *suicidio*.

Tal es el *hombre natural* de *Hobbes*, ese genio fatal que no conoce género alguno de *subordinación* ni *dependencia*, ni otra ley que la impía *regnet pro jure libido*? *Stat pro ratione voluptas*. De manera que las deletéreas teorías morales de los filósofos del Norte solo

se aclimataron en España á la sombría y melancólica luz del puñal jacobino, afilado en las logias del masonismo liberal para consumir la ruina de la patria y la desolacion del género humano. De ellas, pues, está saliendo el devastador torrente que va cubriendo el suelo de la infortunada Hesperia con todos los crímenes y horrores de una sacrílega y audaz filosofía que, dorando la copa del placer, adormece á la incauta juventud española hasta el extremo de morir, como *Sócrates*, víctima del veneno mortífero de la *cicuta*; pero veneno mas temible, porque causa la muerte de las almas.

D. HEVIA.

## ESTUDIOS ECONOMICO-SOCIALES,

POR EL P. D.

La economía política y el catolicismo.

DEL TRABAJO (1).

V.

*La práctica católica y el trabajo.*

*Jesus*, dice San Lucas, *obró, y despues enseñó*. Ciceron habia compuesto el libro *De los deberes*, olvidando frecuentemente los suyos. Séneca escribió en un pupitre de oro el elogio de la pobreza. El Hombre-Dios practicó antes las virtudes que enseñó. Venido para restaurarlo todo, para restablecer el orden en todas las esferas de la actividad humana, debia precisamente devolver al trabajo su verdadero carácter; y es indudable que de todos los elementos humanos de la sociedad, el trabajo era tal vez el que mas profundamente se habia alterado. El ideal de la perfeccion humana en las sociedades antiguas era la libertad, y entendiase por *hombre libre*, no solamente al que abandonaba el trabajo, sino al que le despreciaba.

«En los paises donde hay esclavos, ociosidad y libertad son sinónimos,» dice un historiador economista. Aunque oficio de esclavos, el trabajo era, sin embargo, en la sociedad antigua impuesto por la necesidad al hombre libre. «Las manumisiones, sobre todo, dice en el mismo lugar el Sr. de Champigny, arrojaban á la plaza pública una multitud de gentes que despues de haber reunido á fuerza de sudores un pequeño peculio, lo daban á su patron para redimirse, convirtiéndose al fin en hombres libres y ciudadanos romanos, pero sin un cuarto. De modo que, aunque libres, se veian frecuentemente obligados á trabajar. Y sin embargo, el trabajo era tan degradante para el hombre libre, que este hacia cuanto era posible para librarse de él. De aquí la multiplicacion hasta lo infinito de esas situaciones intermediarias, que no son ni trabajo ni ociosidad; de esas industrias rastreas poco útiles, y por consiguiente poco morales, cuyo desarrollo, que es una plaga para las sociedades modernas, era para las sociedades de entonces una plaga mas grande todavía. El liberto se hacia histrion, sacerdote de Isis, sacerdotisa de Adonis, adivino, astrólogo, gladiador, cochero ó palafrenero del circo, bailarín y bufon; se hacia, en diversos grados, leno, lena, meretriz, scortum: todo esto antes que trabajar.

«... Infamado, aislado, y por causa de su infamia y aislamiento abrumado por la competencia del trabajo servil, trabajando sin corazon, trabajando mal y viviendo á duras penas de su trabajo: tal era la situacion del trabajador libre (2).» (*Revista de Economía cristiana*: abril de 1863.)

Oigamos á uno de los modernos admiradores de aquella sociedad pervertida, en la cual el trabajo no daba al trabajador, esclavo ó libre, ni honra, ni propiedad, ni goce (ni aun los bienes del alma: ¡tanto le habia embrutecido la servidumbre!). «Entre los griegos, dice Juan

Jacobo Rousseau, todo lo que el pueblo tenia que hacer lo hacia por sí mismo, reuniéndose incesantemente en la plaza. La dulzura de su clima le impedia ser codicioso; *el trabajo era oficio de los esclavos; el gran asunto del pueblo era la libertad...* Vosotros, pueblos modernos, vosotros no teneis esclavos, pero lo sois; pagais su libertad á costa de la vuestra. Por mas que os lisonjee esta diferencia, yo veo en ella mas cobardía que humanidad (1).»

El olvido del cristianismo, el horror del trabajo y la propension á la tiranía, son cosas que recíprocamente se buscan. ¿Mas cómo censurar severamente al filósofo ginebrino por haber querido sacar la solucion del problema social, de la fantástica teoría de la pura naturaleza, cuando en la época en que él vivia, merced á la preocupacion general de Europa por la antigüedad pagana, la Religion, aun entre los mismos que la practicaban, era considerada como una relacion puramente individual é íntima entre el creyente y Dios, sin influencia legítima en las cosas del mundo? Suprimid la Religion que pone al hombre en contacto con Dios, y nuestro amor propio y nuestra tendencia á sacrificar á los demas en provecho nuestro no hallarán límites, y los *hombres superiores*, es decir, los mas fuertes ó los mas astutos, no carecerán nunca de medios para gozar á espensas del trabajo del vulgo. Hombre superior Juan Jacobo, supo perfectamente hacer que le criaran sus hijos las Hermanas de la Caridad, *mujeres vulgares*.

En vista de esta propension del hombre á cargar sobre otro el peso del trabajo, ¿qué ha hecho Nuestro Señor Jesucristo? El Salvador del mundo puede considerarse como Maestro y como Modelo. Como Maestro, condena severamente la ociosidad. Como Modelo, hace mas: elige para que sea su padre putativo á un obrero: la Virgen, su Madre, es pobre, y se dedica al trabajo manual: en torno de su cuna, colocada en un establo, los pastores de Belen se unen al carpintero de Nazareth para recibir una bendicion que pronto ha de hacerse estensiva á los Magos, Reyes y *sabios*, segun la tradicion: de suerte que todos los trabajos humanos, así manuales como intelectuales, son honrados por la bendicion de los cielos desde la aparicion del Hombre-Dios en la tierra. Pescadores son sus Apóstoles, y Pablo, el brillante discípulo de Gamaliel, para informarse mas hondamente en el espíritu regenerador del Evangelio, quiere ejercer hasta en sus viajes uno de los oficios despreciados por el loco orgullo de Atenas y de Roma (2).

Sin embargo, no es esto lo maravilloso. Hasta aquí no vemos mas que pruebas de simpatía hácia el trabajo. Pero el Hombre-Dios va mas allá: salvo los tres últimos años de su vida, consagrados á la incesante y *laboriosa* predicacion del Evangelio, á trabajos intelectuales indispensables y acompañados de grandes fatigas físicas, Jesucristo, modelo del hombre, y del hombre colocado en las condiciones mas comunes de la existencia, emplea su vida entera en ganar oscuramente, mediante el trabajo manual, el pan de cada dia con el sudor de su frente. Pueblos de la tierras, fijad vuestras miradas en esa humilde casita de Nazareth! ¡Desde la vuelta de Egipto hasta el bautismo en el Jordan, todos los dias, escepto el consagrado al santo reposo, el mas grande de los hombres, el Hombre-Dios trabaja!

Para los fariseos de todos los tiempos, este será un motivo mas para despreciar al divino Libertador. Los hombres instruidos de Jerusalem dirán, encogiéndose de hombros: *¿No es este el obrero, el hijo del obrero?* Voltaire escribirá mas adelante:

«Obrero vil, con el cepillo en la mano ve perderse sus mejores dias en esta baja tarea (3).»

Pero los verdaderos pensadores reconocerán en esta inefable condescendencia, en esta eleccion voluntaria y

(1) *Contrato social*, lib. III, cap. xv.

(2) *Et quia ejusdem erat artis, manebat apud eos (Aquilam et Priscillam), et operabatur. Erant autem scenofactoriae artis.* (Act., XVIII, 3.)

(3) *Longtemps vil ouvrier, un rabot à la main, ses beaux jours son perdus dans ce lache exercice.*

(LE POUR ET LE CONTRE.)

(1) Véase el número anterior, pág. 184.

(2) *Los Antoninos*.—De la esclavitud en los primeros siglos de la era cristiana.

perseverante del trabajo, que tanto importa enaltecer á los ojos de los hombres, una sabiduría y una caridad sobrehumanas, y exclamarán con Bossuet: «¡Regocijense los que trabajan con sus manos: Jesucristo es su compañero!» Yo diré mas: dado el pensamiento general de la Encarnación, la cual, en lo que se refiere al hombre, tenía por objeto reducirle á las verdaderas leyes de su naturaleza, elevándole notablemente sobre ella, esta elección era necesaria.

La Iglesia católica, continuación del mismo Jesucristo, debía á su vez tomar bajo su amparo la causa del trabajo. Siento no poder citar aquí *in extenso* las hermosas páginas del Sr. de Champigny sobre la economía creada por la Iglesia naciente.

«Al principio, el cristianismo debía hacer muchos pobres; porque no solamente emancipaba esclavos, sino que quitaba el pan á una multitud de hombres libres que lo ganaban bien ó mal, pero al fin que vivían con lo que ganaban... La Iglesia había reunido en torno de sí, no solo á los que huían de la esclavitud, sino también á los que huían del templo y de la sacristía idolátricos, del circo y del teatro, del Forum, de las basílicas, de todos los talleres de la tiranía y del fisco romano, hasta á los que huían del robo y de la prostitución: la Iglesia los tenía en derredor de sí emancipados, libres, reducidos, honrados y regenerados, pero hambrientos. Madre de tantos hijos á quienes había dado el pan de la palabra, necesitaba además asegurarles el pan del cuerpo.

«Para esto, pues, servía el principio de la rehabilitación del trabajo, sentado por la Iglesia; porque para toda esta muchedumbre de neófitos no tenía mas que un recurso temporal: el trabajo de las manos. El trabajo era la vida de la mayor parte de los cristianos. Después de despedirse en la asamblea y en la ágape, los fieles volvían cada cual á su vida ordinaria, separándose unos de otros y mas extraños entre sí de lo que ellos hubieran deseado. Pero separábanse con nuevo ánimo y con nueva resolución para emprender el trabajo que los preservaba de las seducciones del paganismo. ¡Y cuántas tentaciones no venían á perturbarle si por desgracia el cristiano se desalentaba en su trabajo! Rebelábase, no solo su pereza, sino su orgullo, el cual tenía mil ocasiones para despertarse y hacer que el hombre libre se avergonzase de ser un artesano, es decir, un semi-esclavo. «Sabemos, dice San Pablo, que hay entre nosotros quienes van y vienen, sin regla fija, no trabajando, pero agitándose. A estos, pues, les mandamos y exhortamos, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que trabajen en silencio y coman el pan ganado con sus manos.»

«... El trabajo en los cristianos tenía un vigor de que carecía completamente en los paganos. Estos estaban enervados por la crápula; aquellos se purificaban con el ayuno y se fortalecían con la continencia. Los unos estaban bajo la influencia del desprecio..., dedicándose vergonzosamente, á hurtadillas, al trabajo servil á que los condenaba su pobreza; los otros sabían que estaban condenados al trabajo como á una pena, pero condenados como todo el género humano. Los unos, á consecuencia del desprecio que sobre ellos pesaba, vivían aislados, no hallando en ninguna parte ayuda, consuelo, consejo, ni préstamo de dinero; los otros, purificados en el seno de la Iglesia de aquella preocupación despreciativa, y viendo que los ricos, los sabios y los senadores les trataban como amigos, como hermanos en Jesucristo, podían, al juntarse con ellos en la ágape, hablarles de las necesidades de su trabajo y de las miserias de su familia, pedir consejo á su ciencia, y aun ser socorridos con su dinero. «No vuelvas la espalda, había dicho el Evangelio, al que te pida prestado.» El capital y la industria, estos dos grandes personajes de la economía política contemporánea, el uno con su toga, su anillo de oro y sus manos blancas, la otra con su sencilla túnica y sus manos callosas, se encontraban allí reunidos, y formaban una alianza que la antigüedad había ignorado siempre (1).»

(1) Los Antoninos.

Para mantener la fuerza y la elevación que Jesucristo había dado al trabajo con su palabra y con su ejemplo, la Iglesia ha empleado singularmente tres medios: el ejemplo de las comunidades religiosas, la abolición gradual de la esclavitud, y las obras de caridad.

Los primeros religiosos fueron los monges de los desiertos del Alto Egipto. «San Pablo (ermitaño), dice el Sr. Ampère, fue el primero que vivió solo en el desierto; San Antonio es el primero de los padres solitarios reunidos, y el soldado Pacomio, que estrechó mas el lazo social y disciplinó la milicia del desierto, es el fundador de los cenobitas (1).» Pero el historiador no distingue bastante el monacato cristiano del monacato no cristiano. Los fakirs, bonzos, talapones y derviches no pueden compararse con el asceta cristiano.

No tienen ni la misma fe, ni las mismas costumbres, ni las mismas ocupaciones. La ociosidad hace las delicias de todos los falsos contemplativos: los ascetas cristianos, esos hombres que han renunciado voluntariamente al goce, para ejercitarse mejor en la práctica generosa del deber; esos hombres, cuya vida es tan sobria que parece, como en otro tiempo San Juan Bautista, que han olvidado la comida y la bebida, levantan en la soledad el estandarte del trabajo. Los monasterios son inmensos talleres donde se mezcla constantemente el trabajo manual con la oración. Y no solo se bastan á sí mismos estos terapeutas católicos, sino que por medio de la limosna esparcen sus productos en las comarcas próximas, y son la providencia de los desgraciados (2).

Considérese, pues, que la influencia moral ejercida en todo el Oriente por estos monges era inmensa. Hasta los mismos Emperadores respetaban sus virtudes. En las calamidades públicas aparecían en las ciudades populosas, como ángeles bajados del cielo, semejantes en esto á nuestras Hermanas de la Caridad entre los osmanlis de Constantinopla ó los árabes de Argel.

¿Y qué contaban á sus compatriotas los peregrinos de Sceté y de Nitria? «Hemos visto Santos, decían.—¿Pues qué hacen esos hombres divinos?—Orar, ayunar y trabajar.»

Poco después aparece San Benito en Occidente. En su Regla es considerado el trabajo como uno de los primeros deberes. Espárcense sus hijos por toda Europa, cultivando los desiertos, secando los pantanos, haciendo prodigios de paciencia, de ardor y de habilidad, supliendo la imperfección de los instrumentos con la energía de la voluntad, restaurando á la vez la agricultura y la ciencia, madre de la industria y del comercio, que inmediatamente comienzan á desarrollarse. Hoy mismo la Argelia ostenta con orgullo su convento de Staonéli, donde un puñado de trapenses hace brotar del suelo los mas admirables productos. (Se continuará.)

### EL ÚLTIMO FOLLETO DEL SR. APARISI.

Nuestro distinguido y respetable amigo D. Antonio Aparisi y Guijarro acaba de publicar un folleto, con el título de *La Cuestión dinástica*, que, como todo lo que sale de su gallarda pluma, es profundo en los conceptos, sabio en los datos, bello en el estilo.

Nuestros lectores conocen ya esta cuestión, tratada magistralmente por el P. Magin Ferrer, cuya obra terminamos con este número. Pero esto no obsta para que les recomendemos el nuevo folleto del Sr. Aparisi; y con el fin de que conozcan su mérito, copiamos á continuación el admirable capítulo con que termina.

Dice así:

#### «CONCLUSION.

«Bien decía D. Carlos á D. Fernando: «Tú eres mi Rey

(1) *Historia literaria de Francia*, tomo I, pág. 416.

(2) Véase á Ozanam: *La civilización en el siglo V*, lec. XII.

y señor, y el hermano querido de toda mi vida; yo te he acompañado en todas tus desgracias.»

»En efecto; aquel príncipe, caballero cristiano, varón probo y hermano amantísimo, fue el constante compañero en sus desgracias, no en sus placeres.

»En su primera juventud participó del cautiverio de Valençay; Fernando se dobló y abdicó ante la grandeza de Napoleón: demostró Carlos que la virtud era más fuerte que la gloria. Cuando salieron del cautiverio los príncipes, el que salió Rey, á mis ojos al menos, fue D. Carlos.

»España, que había pasmado al mundo, recibió con los brazos abiertos al Rey deseado, que no fue digno del pueblo: la historia lo juzgará.

»A mi intento cumple hoy solo recordar que casó tres veces, y alguna tuvo esperanzas próximas de sucesión; pero nunca pensó en destruir la ley á cuya sombra él y Carlos habían nacido, y crecido, y adquirido derechos; derechos que él tuvo la debilidad de abdicar en manos de Napoleón, pero no su hermano... Cuando su tercera esposa Amalia dejó á España por el cielo, la infausta Nápoles envió al Rey tres veces viudo un don funesto á España en una princesa hechicera y liberal, que le dió dos hijas; la primogénita Isabel, á quien há poco vimos en Madrid; la segundogénita, María Luisa, casada con Antonio Orleans, actual pretendiente al Trono de su hermana.

»Fernando VII, cuyos días estaban contados, dió en 1830 la Pragmática que no quisiéramos recordar, y despojó al hermano, á su fiel compañero en las desgracias, y puso el cetro, como en otra parte dijimos, en la cuna de una niña bajo la custodia de una mujer. Cosa igual no tiene ejemplar en la historia de España, é hízola Fernando cuando Europa presentía la revolución que en julio del mismo año derrumbó el Trono de Carlos X, primogénito de su raza.

»El acto de Fernando ya lo juzgamos legalmente: moralmente, no hay palabras bastante acerbadas para condenarlo. Aun cuando cupiera en las formas estrechas de la ley, ese es uno de aquellos actos que la España antigua no respetaba, y contra el cual la España de nuestros días debió protestar: acto contra la moral y contra el reino. Disculpe á Fernando el amor á su hija; mas por una niña no se puede perder á todo un pueblo.

»Murió aquel Rey de memoria no feliz, y fueron sangrientos sus funerales.

»Aunque el respeto al Rey que descendía al sepulcro, y la errada opinión de muchos en punto al derecho de su hija, dividieron entonces á la antigua España, la mayor parte de esta se sacudió, y se levantó, y luchó sin plazas fuertes, sin dinero, casi sin armas, contra la revolución apoderada de todo en España, y auxiliada por las de Portugal, Francia é Inglaterra. Y el partido carlista, bajo la conducta de dos héroes, Zumalacárregui y Cabrera, obró maravillas, y no venció... porque sin duda estaba escrito que así como Francia en el siglo pasado, debía ser España en el presente lección y escarmiento al mundo.

»D. Carlos entró en Francia acompañado de un ejército, y jamás monarca alguno tuvo una corte más brillante que el agosto desterrado: se componía de héroes que, por conservar su lealtad, se abrazaron con la miseria.

»D. Carlos murió Rey, y hoy un joven del mismo nombre, cuya frente, según su augusta palabra, está ya coronada por la santa mano de la legitimidad, acaba de dirigir á España palabras de conciliación, de justicia y de *libertad verdadera*. Con él están los restos gloriosos de aquellos nobles cortesanos de su abuelo; con él está todo el corazón de la España católica.

»Posible es que al fallecer Fernando VII fantaseara que su esposa y su hija habían de ser felices, y quizás España también. No debió pensar eso, pero si es que lo pensó... ¡oh vanidad miserable de los humanos pensamientos! Las dos, madre é hija, han sido Reinas en España; hembras gobernaron á Aragón y á Castilla; considérese la actual situación de estas señoras, y mírese el estado

del reino... ¡Qué buen profeta el desdichado autor de la petición de 1789, cuando mostraba temer que si se admitía solo varones á la sucesión de la Corona, sobrevendrían grandes guerras, y si se admitía hembras habría paz y bienandanza! ¡Qué buen profeta!

»La España liberal, ebria de entusiasmo, sembró de flores los caminos de María Cristina; pero cabalmente en los días en que María Cristina triunfaba no con buenas artes, la coronó con corona de tribulación, y la escarneció y la echó del reino; y si andando los tiempos se ha dignado consentirle que huelle tierra de España, en esta tierra vivió como extranjera en abandono injurioso y en humillante soledad. ¡Desgraciada!

»La España liberal, ebria de entusiasmo, sembró de flores los caminos de Isabel; pero las flores se convirtieron en abrojos, y há poco la hemos visto *despedida*; ella, la egregia señora, como una sirvienta infiel; y *despedida* entró en Francia, y por cierto que no la acompañó ningún ejército de héroes... ¡Desgraciada!

»Pero más desgraciada, y mil veces más, ha sido esta pobre España á quien hembras gobernaron.

»Recordando una frase de Bossuet, «¡mirad cómo el liberalismo nos *la ha hecho*! no es menester decirlo; no hay lágrimas bastantes para llorarlo.

»A España solo podría faltarle una ignominia y un quebranto. Se ha sonado estos días que doña Isabel de Borbon, vencida por ruegos, ó seducida por promesas, se inclinaba á entregar su hijo á la revolución, para que de él hiciera un Rey... No debo, no quiero creerlo. ¡La madre deshonrada por la revolución, entregando, en cambio de la deshonra, al hijo de sus entrañas! ¡La revolución, después de infamar á la madre y al hijo, aceptando al hijo de manos de la madre como limosna para vivir, porque no encuentra Rey en ninguna parte...!

»¡La Reina católica y piadosa de quien la revolución hizo por desgracia su bandera para atacar á la Iglesia santa, dando á esa revolución, en un niño inocente, otra bandera para consumir sus sacrílegos atentados...!! ¡Oh! Eso no puede ser. ¿Qué diría el mundo, si en ese mundo queda rubor?

»La Reina Isabel, buena madre y católica celosa, habrá meditado en su soledad sobre las cosas pasadas, desde que, siendo niña, cayeron asesinados los sacerdotes al pie del altar, hasta el día oscuro en que se la obligó á reconocer el reino de Italia, afligiendo el corazón del gran Sacerdote.

»Sabrá también que su augusto padre, después de aquella pragmática funesta, sintió remordimientos, y no sé qué cosas escribió en un testamento ó en un codicilo que afirma el último historiador de España que entregó á las llamas la infanta doña Carlota.

»Sabrá quizás que esa infanta, próxima á comparecer ante Dios, hizo no sé qué encargo á su confesor, que lo cumplió, llevando á D. Carlos las últimas palabras de la moribunda.

»Ignoro si la Reina Isabel, á quien deseo días serenos y dichas no turbadas, leerá las páginas que acabo de escribir, y estas que estoy escribiendo por amor á la verdad y á mi patria; pero si es que las lee, y llega á creer que ha vivido en error de buena fe, en punto á su derecho al Trono, ó llega solo á dudarlo, y al propio tiempo considera que, á pesar de su piedad, ha sido instrumento de la revolución, con el cual se vilipendió lo que ella conservaba, y se hirió lo que amaba, y considera que España se está hundiendo y solo puede salvar á España la monarquía cristiana, y que no es ella, sino otra persona la que representa esa monarquía... posible es, y debemos creerlo, que su noble corazón le dé un gran consejo.

»Al oír las palabras de Augusto después de perdonar á Cinna: «Yo soy señor de mí mismo, como lo soy del universo,» el príncipe de Condé lloró. Lloró á vista de tanta grandeza; pero Augusto le parecía grande, no por ser señor del mundo, sino por ser señor de sí mismo. Reyes vulgares no podrían consolarse al renunciar un Trono; pero quien ha sido Rey, y recibió del cielo un noble corazón, si es que comprende que puede, sa-

crificándose, salvar á un pueblo, siente un gozo solitario y sublime, porque Dios le ha puesto en ocasion de hacer una gran cosa; una de aquellas que acreditan que el hombre es hijo de Dios, para quienes están reservadas coronas y tronos que no son como los que conocemos por acá, que hace astillas el hacha de un menegado ó arroja en el cieno la mano de un perdido...

»¡Sueños! dirá alguno... ¡Pues es claro, sueños! Pero sepa quien lo diga que los tiempos en que vivimos son miserables, cabalmente porque se sueña poco en estos tiempos.

»¡Sueños! ¡Pues es claro! ¿Y qué han de decir los concupiscentes que sueñan con carteras de ministro ó en sueldos de director, y concluyen que el mundo irá bien cuando ellos vayan en coche? ¿Y qué han de decir esos niños sabios que os confesarán sin dificultad que son grandes hombres, y muy prácticos por añadidura, porque llegaron á averiguar que hacer Constituciones ó *hacer* costumbres poco mas ó menos viene á ser la misma cosa?

»Yo no hablo con esos insignes varones: les saludo, y paso adelante. Hablo con los hombres que solo tienen sentido comun, y hablando con ellos digo vulgar y llanamente que España está perdiéndose, y hay que salvar á España; que estamos en pleno Méjico, ó peor que en Méjico, y que así no se puede vivir; que el que no vea que vamos á dar en una república socialista, si es que no nos salva la monarquía cristiana, podrá ser un águila, pero un águila sin ojos. Al vado, ó á la puente; no hay remedio: ó la república, ó la restauracion.

»Doña Isabel no puede ser la Reina restauradora, porque ha sido la Reina liberal. Los liberales, por lo demas, no la aman, y *la han despedido*; los católicos la respetan, pero tienen su representante.

»Su hijo, Rey niño en manos de liberales, sería hoy la continuacion de Méjico, y mañana la república.

»El único que puede ser monarca restaurador es don Carlos de Borbon y de Este, de quien ya probé que es el Rey legítimo de España.

»¿Le creéis legítimo? Pues ya sabéis cuál es vuestro puesto. ¿Lo dudáis? Me basta con esa duda, si es que convenís en que solo la monarquía cristiana puede salvar á España, y en que su representante es D. Carlos.

»Estoy hablando con los liberales de buena fe, con los mismos partidarios de la Reina Isabel, y no me canso de decir que España se está hundiendo y que es menester salvar á España, ni me canso de gritarles que si están dormidos, despierten, y elijan al fin entre la monarquía cristiana ó la república socialista.

»Pensando en el palacio Basilewski y en la casa de Chaveau-Lagarde, decia un hombre eminente: «¡Oh compromiso de Caspel!» Yo admiro y aplaudo estas palabras. Tambien quieren brotar de mi corazon, y ya brotan en esta forma dirigiéndose á la augusta señora que ocupó el Trono de España: «Dios os ha concedido que podais eficazmente contribuir á la salvacion del pueblo; y pues la revolucion hizo de vos, que sois piadosa, una piedra de escándalo, está en vuestra mano ser hoy para el orbe católico asunto de edificacion y de perenne alabanza. Decid una palabra, y hareis mas feliz á vuestro hijo que procurándole un Trono revolucionario; decid una palabra, y si fuisteis Reina infeliz, el mundo os llamará *mujer grande*; decid una palabra, y quizás sea esa palabra una expiacion sublime por el padre que pecó, y por vos misma, aunque esteis sin pecado.»

»Esa palabra dicha, la reconciliacion de la familia real está hecha.

»Si Enrique IV levantase de la tumba su cabeza; si viese á los individuos de su familia, una de las mas ilustres del mundo, que ocupaban los primeros Tronos de Europa, hoy echados miseramente de ellos, dispersos en tierra estraña, y obligados, como lloraba Dante, á subir los escalones, siempre pesados, de la casa ajena..., ¿qué diría el gran Rey al verlos tan desgraciados y no verlos unidos...?

»Lo que se pudo hacer en 1845, hoy no es posible; pero es posible otra cosa. En el cielo no hay dos soles, y

en un Trono no caben dos Reyes. Pensad, señora, en vuestro padre y en vuestro tio; recordad la historia, y poned los ojos en España, y preguntad al corazon, que este os responderá, quién debe ser y quién puede ser el Rey que la salve.»

## VIRGINIA,

ó

## ROMA EN TIEMPO DE NERON:

novela escrita en francés

POR VILLEFRANCHE,

Y TRADUCIDA POR

D. FRANCISCO MELGAR.

(Continuacion) (1).

—No conseguireis aturdirme, pícaro tio, contestó Marco, desafiándole con su dedito; bien sé que Dios á nadie rechaza, y que ha prometido perdonar setenta y siete veces á los que le pidan sinceramente perdon de sus faltas; y sé que los ángeles cantaban en torno á su cuna: «Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad;» y sé tambien que Él mismo ha dicho en otra ocasion: «Venid á mí todos los que esteis fatigados, y yo os aliviare.»

Cineas y Elena quedaron como aterrados, no solo de la profundidad de aquellas consoladoras palabras, sino de la sublime y sencilla seguridad con que las anunciaba el niño.

—Este chico, dijo Cineas, de nada duda; todo lo refiere con una precision en los detalles capaz de confundir á un profesor encanecido; habla como si lo hubiese visto.

—¿Y qué hay que hacer para agradar á Dios? preguntó Elena.

—Ya lo sabes, mamá; es necesario amarle, y amar tambien al prójimo.

—¡El prójimo! dijo Cineas. ¿Qué significa esa palabra? Pertenece al neologismo.

—Prójimos se llama á todos los hombres, á quienes debemos amar como á nosotros mismos.

—¡Amar! exclamó Cineas. ¡Amar á Dios! ¡Amar á los hombres! ¡Ah qué pensamiento infantil tan dulce y tan terrible! Amar: ¡ahí está el secreto efectivamente!

—Sí, continuó Marco; y ademas es necesario rezar á Dios.

—Enséñame á rezar, hijo mio, dijo Elena con voz temblorosa.

—No es difícil, madre mia. Mira: dobla las rodillas, como yo, á mi lado; junta las manos, piensa que el buen Dios te ve y te oye, porque está en todas partes.

—¡Platon! ¡Platon! ¡Esto es Platon puro! dijo Cineas en voz baja.

—Y di conmigo, continuó el niño sin cuidarse de la interrupcion de su tio, di la oracion del Señor: «Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, venga á nos el tu reino...»

Y el niño recitó hasta el fin, lenta y solemnemente, esa hermosa oracion tan familiar para nuestros oidos cristianos, pero que debió arrancar gritos de admiracion á los primeros filósofos paganos que la oyeron.

Aun despues de acabada la oracion, Cineas le seguia escuchando.

—Vuelve á empezar, repite el principio; exclamó. ¡Te lo suplico!

—Padre nuestro, que estás en los cielos...

—Padre nuestro, dices. Padre, ¿de quién? ¿Tuyo y mio?

—Pues es claro, tio; me parece que esto no es difícil

(1) Véase nuestro número anterior, pág. 187.

de comprender. Padre nuestro; es decir, Padre de todos los hombres, de los grandes como de los pequeños, de los sabios como de los ignorantes, de los esclavos como de los señores.

—Haciéndose esta cuenta, dijo Cineas, todos los hombres serian hermanos.

—Es evidente, tío mio; como que todos tenemos un mismo Padre, que está en los cielos. Ya veis cómo no soy tan tonto como habiais pensado.

—¡Platon está vencido! ¡Platon está vencido! exclamó Cineas ocultando su cabeza entre sus manos.

Elena continuaba arrodillada junto á su hijo, con un brazo pasado en torno á su cuello, y lloraba; pero sus lágrimas tenían una dulzura desconocida para ella. Repetía aquellas palabras tan sencillas: «Padre nuestro, que estás en los cielos,» y le parecía que su desesperacion se borraba, imaginándose entrever horizontes infinitos de esperanza y de misteriosos consuelos.

Cuando Cineas levantó la cabeza, pudo ver la nodriza que él tambien habia llorado.

En aquel mismo instante, la galguilla favorita de Marco vino á frotar amistosamente su hocico delicado con la mejilla del niño. Este, creyendo terminado el interrogatorio, puesto que ya nadie le decia una palabra, se escurrió de los brazos de su madre, y trató de alcanzar á la galguilla, que se desvió hábilmente y huyó hácia el lado del jardin, ladrando y volviéndose para ver si la seguian. Marco no esperó un segundo reto. Abalanzose en persecucion del animal, su compañero de juego, y un momento despues ambos rodaban sobre el verde césped, haciendo resonar los ecos á porfia con sus gritos de gozo.

La nodriza iba á salir detras del niño.

—Quedaos; tengo que hablaros, le dijo Elena. ¿De dónde sacais esas maravillosas historias que referís á mi hijo?

—Las sé, señora, por gentes que las han visto, que han conocido al Salvador, y que viven todavía.

—¿Las habeis aprendido aquí, en mi casa?

—No, señora; en la casa de Pomponia Græcina, vuestra amiga, y á la cual me comprásteis poco despues del nacimiento de Marco.

—¿Habeis sido, pues, esclava siempre? preguntó Cineas.

—No, señor; he sido libre hasta los cuarenta años, es decir, hasta hace diez.

Al pronunciar estas palabras, apareció en el rostro de la nodriza una nube de tristeza; pero borrose casi en seguida.

—¿De dónde sois? prosiguió Cineas. Al parecer teneis un conocimiento mas que vulgar de la literatura griega.

—Soy de la isla de Creta, señor.

A todo esto Marco y la galguilla, volviendo á emprender su carrera, acababan de desaparecer en los bosquecillos del jardin. La nodriza corrió á buscarles, y Elena ya no la detuvo.

#### IV.

Cineas, despues que se fueron la nodriza y el niño, continuó largo tiempo abismado todavía en la meditacion. Repasaba en su memoria lo que acababa de oír, y parecíale ver lucir una aurora de rayos brillantes, pero entrecortados por apiñadas masas de sombra.

Elena seguía rezando; su recogimiento lo demostraba, por mas que sus labios no se moviesen.

El jóven fue el primero que quebrantó el silencio.

—Verdaderamente, hermana mia, que por poca inclinacion que tuviese á tomar por lo serio las fábulas mitológicas, creeria que tu hijo es un diosencillo encarnado, Apolo, por ejemplo, que vuelve á bajar á casa de un nuevo Admato, acompañado de la mas sabia de las nueve hermanas. ¡Qué de cosas en lo que ha dicho! Hasta veo en sus palabras, en principio, una solucion del problema social que esta mañana nos espantaba. Desgraciadamente esa solucion es como la república de Platon, mas hermosa que hacedera, y buena solo para un niño. Siendo un puro sueño la igualdad de los hombres, nunca se gobernará á las masas proletarias con frases acerca del

amor mutuo y de la fraternidad. El pueblo es un buey inteligente y feroz: necesita un yugo, sin el cual no trabajaria sino para destruir. Y ademas, ¡qué desencanto, qué absurdo en ese Dios muerto en una Cruz...! ¿Te acuerdas, hermana mia? ¡Ay! El sistema de la nodriza se asemeja á otros muchos. Me recuerda la estatua del satírico latino:

Un busto de mujer es la cabeza,  
y los pies son la cola de un pescado.

Pero no importa: en medio de todo, en el fondo de eso hay algo. A propósito de esclavitud, Elena; mientras tu hijo nos hablaba de esa fraternidad universal de todos los hombres, hijos de un mismo Padre que está en los cielos, vino á las mientes, sin querer, el recuerdo de Pediano Secundo. Volvía á ver, en especial, á esa pobre niña cuya desesperacion nos ha conmovido tan vivamente esta mañana.

—Sí, dijo Elena, y á la cual la alcanzará fatalmente una horrible afrenta, á pesar suyo.

—¿Nada podríamos hacer, hermana mia, para salvarla de esa vergüenza y de esa miseria?

—Ya he pensado en eso: podríamos comprarla; pero despues de lo que hemos oído, ¿la cederá Pediano? Lo dudo.

—Probemos, sin embargo. Lo mas difícil será hallar un pretexto; porque hablarle únicamente de filosofía, comprendes que no es posible; bien sabes que se burlaría de nosotros. Pero ¡calla! ¿No has oído chascar unas ramas hácia la puerta? ¡Por Apolo! no me engaño; mira un hombre que se oculta en aquella calle. Espera, hermana mia, voy á alcanzarle.

Cineas echó á correr por el sitio que habia señalado; y merced á la agilidad de su edad y de su naturaleza, agilidad desarrollada por los ejercicios especiales de la juventud griega, alcanzó al fugitivo en el fondo del jardin; y no obstante la inferioridad de su fuerza física, no vaciló un punto en cogerle por el cuello.

Aquel hombre era de elevada estatura y anchas espaldas; tenia la tez morena, estrecha la frente, los ojos negros, perspicaces, movibles y siniestros, la sonrisa sardónica, pero obsequiosa y aduladora.

—¿Qué hacias aquí espiándonos, tunante? preguntó Cineas reconociendo á Hegion, el esclavo principal de la quinta, el infiel intendente de que ya hemos hablado.

—Señor, perdonadme; no soy capaz mas que de servirlos.

—Ven á explicarte delante de tu señora, y ¡cuidado con la horca ó el látigo si no son satisfactorias tus esplicaciones!

—Señor, no tengo esplicaciones que daros; ó, mejor dicho, sí, voy á dáros las; pero aquí, no delante de mi señora, os lo ruego.

—¿Y por qué, bribon?

El tono del esclavo se transformó súbitamente, pasando de la rastrera súplica á una especie de socarronería que se esmeraba por que pareciese inteligente y astuta, pero que continuaba siendo abyecta.

—Os he adivinado, señor ateniense, dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Esta mañana, sin espiaros, ¡oh! lo que es eso, lo juro, me ha hecho testigo la casualidad de la aventura de la jóven Virginia, la esclava del vecino Pediano, así como del interes que al parecer os tomábais por ella. ¡Oh! El maligno diosencillo os ha servido bien; esa muchacha es un bocado delicioso.

—¡Calla, miserable! ¿supondrás...?

—¡Pues qué, señor! esa suposicion en nada os ofende. ¿No son de su dueño las jóvenes esclavas, como las naranjas del jardin, ó los peces del vivero? La casualidad acaba de favorecerme una vez mas, permitiéndome sorprender vuestras últimas palabras á nuestra noble señora.

—¡Vete, infame! En lugar de comprar esclavos, lo que voy á hacer es venderte á ti.

—Haríais mal, señor; por el arco de Cupido, que haríais mal. Pediano está mas encaprichado por la muchacha de lo que os imagináis; aunque la pusiérais en un

platillo de una balanza, y un peso igual de oro en el otro, no la soltaria, al menos por ahora... Es necesario intrigar, usar de estratagemas, y para esto yo soy el único que puede ayudaros aquí. Soy muy amigo del intendente de Pediano; me encargo del negocio, y me atrevo á esperar que en cambio, noble y rico señor, os dignaís cambiar mi título de esclavo por el de liberto.

—Voy á llamar, dijo friamente Cineas, y van á aherrojarte.

Hegion le miró con un asombro que nada tenia de fingido.

—En último caso, exclamó, acaso prefiera intentarlo solo; pero nada conseguirá. Señor, perderéis vuestra elocuencia y vuestros sextercios, y os daréis todavía por muy contento con volver á reclamar mis servicios. Cuando os plazca, señor, estoy á vuestras órdenes.

Dicho esto, saludó profundamente, y su innoble figura desapareció entre los árboles.

Elena, en tanto, se habia puesto á buscar á Marco y á la nodriza, seguida de los cuales se acercaba, y se sentó en un banco cercano, llamando con una sonrisa á Cineas. Este obedeció á aquella muda invitacion, y preguntó á su hermana lo que pensaba de su intendente Hegion. Elena le contó lo que sabia, que era muy poco, porque no habia tenido tiempo de ocuparse personalmente en los detalles interiores de la quinta, en la cual habitaba únicamente desde su vuelta de Bretaña. Cineas le dijo que tenia motivos para desconfiar de aquel hombre, sin explicarle cuáles fueran. Únicamente le reveló su intencion de vigilarle de cerca, y mudaron de conversacion.

Naturalmente esta fue la que siempre, y en particular aquella mañana, habia sido la ocupacion favorita de ambos atenienses. La ocasion fue un parabien de Cineas á Elena con motivo de la evidente serenidad que en ella se descubria.

—Sí, dijo la jóven; lo que no habian podido conseguir tus poéticas exhortaciones, ni las razones de Estado espuestas por mi suegra, pareceme que lo ha conseguido la oracion de Marco. Continúo pensando en mi esposo, pero tengo confianza y fuerza aun contra el dolor.

—Tendria gusto, dijo Cineas, en experimentar la virtud de este remedio en el alma mas desolada que he conocido en el curso de mi vida. ¿Te acuerdas de nuestro compañero de los jardines de Academus, Cleágoras, el llamado *Cleágoras el Taciturno*, á pesar de sus cortos años?

—Me acuerdo, dijo Elena; pero nunca he conocido bien su historia.

—No me asombra, hermana. Yo he sabido en este punto algo mas que tú, porque vosotras, las jóvenes, os retirábais á vuestras casas en concluyendo su leccion el maestro, en tanto que los hombres y los jóvenes se quedaban un rato conversando. La persona de que te hablaba hacia que le llamásemos Cleágoras; dudábase, no obstante, que tal fuera su verdadero nombre. La primera vez que entre los oyentes apareció, fue por ociosidad. Salia de una orgía con algunos amigos, y llevaban aun la cabeza coronada de flores, y la boca á punto de abrirse para dejar salir alegres palabras, ó indolentes carcajadas, denunciadoras, en medio de todo, de la fatiga. El maestro discurría acerca de la inmortalidad del alma y las penas y recompensas futuras, que, como recuerdas, era uno de sus temas favoritos, y que desarrollaba con no comun elocuencia. Cleágoras, á quien en un principio estuvimos tentados á espulsar, escuchó primero con decoro, luego con atencion, y por último con una emocion profunda. Preguntó respetuosamente al maestro si se podia admitir en el número de los discípulos de la sabiduría á un vicioso como él, y habiéndole acogido el maestro con cordial diligencia, frecuentó con nosotros, dos años seguidos, la escuela platónica.

Casi de improvisó se tornó todo lo contrario de lo que habia sido; es decir, triste, taciturno, solitario. Evitaba la compañía de todos, menos la del maestro. Muchas veces les he oido discurrir juntos despues de la leccion.

Cleágoras hablaba de las locuras de su vida pasada, que ya odiaba; pero parecia llevar en la conciencia el peso de un crimen misterioso, y el temor de un castigo que no podia evitar.

El maestro trataba de convencerle de que, habiendo cambiado de vida, y esforzándose en adelante por ser virtuoso, hacia todo lo que podia exigírsele, y no debia pensar en otra cosa. Pero él imaginábase que aquello no bastaba.

—Tengo un remordimiento, le dijo una vez, abrumado de dolor: ¡un remordimiento que me mata! Vuestras esplicaciones son admirables, pero solo convienen á los hombres puros que nunca han faltado; no á mí, que he caido en tan hondo abismo, que creeria cometer un sacrilegio si invocase á Dios como los demas.

—Haced la prueba, dijo el maestro.

—No, respondió Cleágoras; ya he probado; pero para mí ni hay esperanza, ni perdon. Si supiéseis lo que he hecho, dejaríais de alentarme. ¡Oh! ¿Quién me librará de este peso? Envidia me da el fin de Edipo, al cual, segun la leyenda, ya le habia señalado el destino el abismo donde encontraria por último el descanso. Así iria á sentarme á la orilla de ese abismo, y esperaria con paciencia los dioses vengadores, aunque debiesen arrastrarme á las profundidades del Tártaro.

El maestro no se atrevió á exigirle la confianza de su crimen. ¿Para qué? Aquella confianza hubiese podido inspirarle aversion al culpable, pero no los medios para consolarle.

Tambien á mí solia decirme Cleágoras: «La inmortalidad es para mí un pensamiento de maldicion. Vivir sin fin, es sufrir sin fin. Dios me espanta. Él solo podria resolver las terribles dudas de mi conciencia. Él solo podria perdonarme. ¡Si pudiese ir hasta Él! Pero Él, el invisible, el impalpable, la eterna perfeccion y la eterna justicia... ¡Oh! ¡El pensamiento de Dios es el mayor tormento!»

Por último abandonó la escuela, declarando al maestro que si hubiese permanecido en Atenas se moriria. Quería emprender una vida activa: iba á alistarse en el ejército romano. Acaso las fatigas y los azares de una campaña le servirian de distraccion y de desahogo para sus remordimientos. El maestro nada hizo por detenerle, porque él tambien sentia vacilar su confianza de otros tiempos en la ciencia del divino Platon. Entreveia un nuevo problema ante el cual era impotente la filosofia, y cuya solucion no le habian dado ni Sócrates, ni sus discípulos.

—¿Y nunca reveló Cleágoras su crimen? preguntó Elena, que habia escuchado aquella historia con la mayor atencion.

Si el narrador hubiese mirado en aquel punto á la nodriza, hubiérase asombrado del cambio que en ella se verificaba. Al principio se habia sentado en el tronco de un árbol, poniéndose á coser, segun su ordinaria actividad, y vigilando á Marco, que dibujaba surcos en el musgo; pero poco despues dejó caer su labor para mirar fijamente á Cineas. Una viva emocion parecia apoderarse de su ser. Su palidez habitual se iba poco á poco convirtiendo en lívida. Juntaba sus crispadas manos, y devoraba, por decirlo así, al narrador con su fija mirada, que reclamaba la conclusion. Los dos hermanos nada notaban. Elena bordaba, y Cineas contemplaba pensativo el césped que hollaban sus pies.

—Sí, respondió Cineas; todo lo confesó antes de ausentarse. Era cretense, y habia recibido una esmerada educacion; pero habiéndole pervertido, en edad muy temprana, las malas compañías, disipó la fortuna de su padre, que murió de dolor. Entonces se dedicó por completo al juego, y últimamente, al dia siguiente de una orgía, en un momento de atroz embriaguez, hizo que robasen á su madre los comerciantes de esclavos, y se la vendió.

Elena, al oír aquel rasgo de ferocidad, sintió helarse la sangre en sus venas; pero de pronto llamó su atencion otro acontecimiento. La nodriza se habia levantado y se acercaba vacilando, pero en línea recta, á Cineas,

hasta que se apoyó pesadamente en su hombro, y fijando en él una mirada estraviada, casi salvaje:

—¿Su nombre? le preguntó. ¿Cuál es su verdadero nombre?

Cineas se estremeció. Sintió un vago terror de alguna revelación terrible; pero era hartamente tarde, y respondió con un gemido:

—Philon de Gortinia, en la isla de Creta.

—¡Él! Dios eterno; ¡era él!

La nodriza lanzó un suspiro, y cayó de espaldas. Elena se precipitó hacia ella, pero sin poder detenerla; y el niño Marco, arrojándose sobre su cuerpo, prorumpió en amargos lamentos.

—¡Ay! dijo Cineas acudiendo también; ha perdido el conocimiento: ¿qué he hecho, desdichado de mí?

—¿Tú? Tú no has hecho nada. ¿Qué será esto?

—Llévemola á su cuarto, y cuidala mucho, Elena. Puede volver á la vida, puede restablecerse. Sé buena y tierna con ella: ¡es la madre de Philon!

Isaac no era únicamente bibliotecario, sino también doctor de la casa; porque los antiguos no se limitaban, como nosotros, á especialidades, y entre ellos el estudio de la filosofía abrazaba comunmente el de las ciencias físicas y naturales. Particularmente la medicina la cultivaban con provecho los orientales, pueblos pastores y grandes observadores de los astros del cielo y de las plantas de los prados; los curanderos llegados de Siria ó de Caldea eran muy buscados en Roma, á pesar de las supersticiones que mezclaban con su arte, y no había un gran señor que no contase uno en su familia de esclavos.

Isaac pasó á la cabecera de la nodriza la primera noche y muchas de las que siguieron al desmayo, declarando desde el principio que no tenía ninguna lesión vital, sino únicamente una postración y un estado de estupor que el tiempo curaría, sobre todo si se le ayudaba con muestras de simpatía y de cariño.

La nodriza estuvo muchos días sin conocer á nadie. En su delirio descubrió á Elena, por incoherentes trozos, toda su trágica historia, y las misteriosas causas del dolor que había hasta entonces ocultado en su corazón. Hablaba mucho de Creta; á veces se imaginaba ver á su hijo cuando niño, y acostarle á su lado, ó mecérle en sus brazos; entonces entonaba una monótona melodía, pero de una dulzura conmovedora, y el arrobamiento de la alegría maternal resplandecía en su voz y en sus ojos; después su rostro cambiaba repentinamente, y rechazaba con horror al ser ideal que creía tener delante. «¡Entregada, gritaba, vendida por él! ¡Y conocía el vergonzoso comercio, y él, él mismo le ha llevado á cabo! ¡Maldito. ¡Maldito!» Pero entonces volvía á interrumpirse: «No, Señor, no me escuchéis; cuando estáis en la Cruz, Señor, bendecíais á vuestros verdugos. ¡Conducidle otra vez á mi lado para que le bendiga y le perdone!» Y volvía á caer aniquilada.

Elena recogía con cuidado todas sus alusiones á aquel Señor crucificado, procurando comprender su significación. El delirio de la enferma tenía también otro oyente no menos atento: Isaac.

Un día, que había sido más que nunca prolija en sus confidencias, el israelita frunció el entrecejo, haciendo un ademán de viva contrariedad.

—¿Qué teneis? le preguntó Elena.

—Señora, mis tristes presentimientos se verifican.

—¿Qué, Isaac, hay recargo en la enfermedad?

—Señora, tened cuidado: alimentais en vuestro seno una serpiente. Pertenece á esa secta perversa cuyas huellas he reconocido ya hasta en Roma.

—¿Qué serpiente, qué secta decís? Isaac, no os comprendo.

—La nodriza es cristiana.

—¡Cristiana! No me es desconocida esta palabra. Esperad... Sí; la he oído pronunciar con relación á mi excelente amiga Pomponia Græcina, que á causa de esto se vió presa de muchos disgustos y de muchas acusaciones odiosas é infundadas, según me consta. Afortunadamente se aclarará el misterio, porque su marido ha re-

unido un tribunal de familia para juzgarla. (Véase Tácito, *Annales*, lib. XIII, 32.) Pero vos, Isaac, ¿por qué odiais á los cristianos? ¿No sois todos israelitas?

—Señora; esta sacrílega superstición tiene, en efecto, su origen en la raza judía; pero la masa de la nación la rechaza, y este es el motivo de que se haya extendido fuera de ella, y de que busque sus sectarios hasta en Italia. El cristianismo ha sido deshonrado por el suplicio de su Jefe; el cristianismo trastorna nuestras leyes y echa por tierra nuestras esperanzas nacionales, haciéndolas extensivas á los gentiles, despojando á los hijos de Jacob de su carácter de raza privilegiada, y renunciando al dominio prometido sobre los incircuncisos... Pero, perdonad, señora; el sentimiento nacional me arrastra, y no me comprendereis.

—Efectivamente: la palabra *cristiano* os pone fuera de vuestro centro, cuando ordinariamente os dominais tan bien.

—Señora, os repito que eso se debe á mis sentimientos patrióticos. La Judea ha sufrido ya mucho por los cristianos, y los odio.

—¿Los odiais, Isaac?

—Los odio á muerte.

—Cáusame pena veros tan escitado, Isaac; pero, de todos modos, os pido que esceptueis de vuestro odio á la nodriza Gortinia. Su abnegación y su fidelidad me la han hecho muy querida.

—¡Oh! Tranquilizaos, dijo Isaac serenándose; por vos, señora, que sois tan buena, no solo con Gortinia, sino con todos los esclavos, y por vuestro noble esposo, que me ha salvado la vida, sé olvidar mis preocupaciones. En mis actos de médico prescindo de todo sentimiento personal; y si se me presentase ocasión de emprender una cura interesante con un enemigo, la emprendería concienzudamente, por amor al arte.

(Se continuará.)

## REVISTA DE LA SEMANA.

Una circular y una orden: hé aquí lo más sustancial de los acontecimientos que han sucedido desde nuestro último número.

Pocas veces se habrá visto en el mundo un gobierno tan amigo de circulares como el que actualmente nos rige. Desde la famosa circular de Lorenzana, en que se hablaba de cosas que ni para dichas entre amigos están bien, hasta la última de Silvela, pasando por las innumerables y empalagosas de Sagasta, todas las circulares quieren ser como un programa de gobierno y una apología de la revolución. Sin embargo de lo cual, ni la revolución logra levantarse dos dedos del suelo donde rastrea, ni se alcanza jamás á formular un programa de gobierno que devuelva siquiera algo de la tranquilidad perdida á los intereses permanentes del país, puestos hoy á merced del inquieto oleaje revolucionario.

La circular del Sr. Silvela, ministro de Estado, á los representantes de España en el extranjero empieza recordando los primeros momentos de la revolución, en que los *generales libertadores* hubieron de «aceptar la ardua empresa de dirigir los esfuerzos de la nación en aquella crisis decisiva;» trae á la memoria la ya mencionada circular del Sr. Lorenzana de 19 de octubre de 1868, y dice que mucho de lo que allí se anunciaba como una esperanza, ha venido ya á convertirse en realidad, porque al fin hemos logrado confeccionar una bonita Constitución, que lo mismo sirve para una monarquía que para una república, é igualmente para España que para China, lo cual es una gran ventaja, porque el día en que los españoles se cansen de ella, cosa que no sucederá porque está ya sucediendo, se le regala al Emperador del Celeste Imperio ó á nuestro cerril amigo el de Marruecos, para que hagan felices á sus apreciables súbditos. Tenemos además una regencia, según el Sr. Silvela, noticia que causará no poco asombro á las potencias es-

tranjeras, que no ven por ninguna parte la influencia del regente. Verdad es que, en cambio, nosotros, que lo tenemos, como quien dice, montado en la nariz, solo sabemos de S. A. cuando *La Correspondencia* nos asegura, bajo su palabra de honor, que continúa en la Granja disfrutando de la frescura del sitio, lo cual es como decir: «S. A. está fresco.»

El ministro de Estado asegura que los mas graves obstáculos están vencidos, sin que infundan recelos los estériles amagos de algunos perturbadores. Esto va con nuestros amigos los carlistas, á quienes la circular advierte indirectamente que «el gobierno cuenta con medios para asegurar la paz, y hacer que fructifique la semilla de civilizaci6n y riqueza que la libertad ha sembrado en nuestro suelo.» Sin duda para dar una muestra de estos medios han comenzado ya en Ciudad-Real los fusilamientos de los carlistas, mientras los rebeldes y traidores filibusteros de Cuba son tratados con singular consideraci6n; mientras los que derramaron á torrentes la sangre en las calles de Málaga y Jerez, reciben del gobierno pruebas de afecto y palabras de adulaci6n. Pasemos esto por alto, porque la sangre hierve en nuestras venas, y no queremos salirnos del tono templado que nos hemos propuesto adoptar.

Canta el Sr. Silvela las excelencias del sufragio universal, y pondera la libertad que ha habido en las elecciones, haciendo caso omiso de la relacion minuciosa que diariamente publicaban los periódicos de oposici6n dando cuenta de los atropellos, intrigas y violencias de que fueron víctimas muchos electores carlistas y republicanos. Cuando se trata de hablar á las potencias estranjeras, ya es sabido, la palabra solo sirve para disfrazar la verdad. ¡Como que el Sr. Silvela se atreve á decir que en el período electoral no se alteró en lo mas mínimo la paz pública! Justo: salvo algun que otro trabucazo y alguna paliza que otra (dígalo Toledo), lo demas todo fue á pedir de boca... del ministro de la Gobernaci6n.

Se abrieron las Cortes, resignó el gobierno en ellas su poder, se nombró á Serrano presidente del poder ejecutivo, y empezó la *magnífica* obra de la Constituci6n del país. En este punto, el Sr. Silvela recuerda con entusiasmo las discusiones de las Cortes, y agota en su elogio el repertorio de los calificativos.

Examina inmediatamente la Constituci6n «resúmen de las aspiraciones del pueblo español en el período histórico que atravesamos (¡horror!) y compendio de las *transacciones leales* aceptadas por los antiguos partidos liberales de España (como si el pueblo tuviera algo que ver con semejantes *transacciones*),» notando los tres puntos principales que comprende: la consignaci6n de los derechos individuales, la libertad religiosa y la forma monárquica del gobierno.

En estas tres cuestiones el Sr. Silvela se despacha á su gusto por el mismo tono á que obedecen todas las elucubraciones revolucionarias del género progresista. No podemos seguirle en este terreno, porque repite lo que mil veces se ha dicho ya, y nos veríamos en el caso de hacer por nuestra parte las mismas refutaciones de siempre. Conste, sin embargo, que para el Sr. Silvela es una gran conquista el derecho de poder adorar á un asno ó á una cebolla, como manifestaciones de Dios, segun la teoría panteística. Lo que conocieron y admitieron los pueblos idólatras de la antigüedad, se nos vende ahora como gran conquista del siglo xix... Basta.

Después de sacar á relucir la corona de San Fernando y de Alfonso el Magnánimo para prodigar alabanzas á la monarquía constitucional levantada sobre una rebeli6n vergonzosa, el Sr. Silvela vuelve á amenazar á los carlistas, muestra confianza en la soluci6n del problema rentístico, y concluye alargando una mano cariñosa á los Estados de América, que diariamente nos están insultando, que conspiran contra nosotros, y que por remate de fiesta acaban de reconocer como beligerantes á los insurrectos de Cuba. ¿Qué tal? ¡Si habrá patriotismo en los ministros de S. A. el regente! Verdad es que la situaci6n es completamente americana. No lo estrañemos. La duquesa de la Torre, americana. La condesa de Reus,

americana. El Sr. Topete, americano. La señora de Dulce, americana. Con estos elementos, dígasenos la imparcialidad que el gobierno puede tener en los asuntos hispano-americanos.

El otro acontecimiento de la semana es una *orden* del Sr. Becerra al gobernador superior civil de las islas Filipinas. No es tal orden: es, aunque corto, un programa de gobierno en que se amenaza con la plaga de todas las libertades á aquellas pacíficas y venturosas Islas. «Partidario decidido de la libertad, dice el Sr. Becerra, bajo todas sus manifestaciones sociales, económicas y políticas, y deseoso de hacer extensivos sus beneficios á los dominios españoles de Ultramar, no se me oculta que, supuestos los antecedentes de nuestro sistema tradicional de colonizaci6n harto arraigado, han de ser graves y numerosos los obstáculos que se opongan á una reforma general en aquel sentido.»

Pero el Sr. Becerra cree que se podrán vencer esos obstáculos, y por consiguiente que la *semilla fecunda* de la libertad germinará tambien en aquellos remotos países. ¡Dichosa semilla, fecunda en abrojos, en ruinas y lágrimas! El Sr. Becerra, para no alarmar á aquellos habitantes, promete respetar «los intereses legítimamente creados á favor de *todas las clases*.» Ó mucho nos equivocamos, ó esto quiere ser una *dedadita de miel* á los frailes filipinos, cuya benéfica influencia es conocida de todo el mundo. Sin embargo, el tiro del Sr. Becerra, aunque solapado, va derecho contra aquellos insignes misioneros. Harto probado está que la libertad no tiene mas objeto que martirizar á la Iglesia. Ahora le toca sufrir el martirio en Filipinas, y no tiene mas remedio que disponerse á combatir contra el enemigo. ¡Qué le hemos de hacer! ¡Paciencia, y esperanza en Dios!

Las noticias carlistas han perdido algo de su interes en estos últimos días, á pesar de haberse levantado una numerosa partida en Leon, al mando de D. Pedro Balanzátegui, y otra al de un canónigo de Astorga. En la mayor parte de las provincias hay partidas mas ó menos importantes, y casi todas mandadas por personas respetables y de posici6n. Este es un hecho digno de notarse.

La *Gaceta* continúa derrotando todos los días al brigadier Sabariego y al general Polo. Pero la verdad es que no se sabe positivamente lo que hacen estos señores, y menos aun lo que piensan hacer. La conducta de don Carlos sigue siendo un misterio para todo el mundo. *La Epoca* asegura que ha renunciado por ahora á continuar el movimiento carlista, y que ha dado órdenes de dispersion. No lo creemos. Cuando las cosas llegan á cierto punto, no es fácil retroceder. Sin embargo, el tiempo dirá. Lo indudable es que nadie sabe nada cierto y seguro.

No estrañen nuestros lectores que no demos noticias detalladas de las partidas carlistas. Por numerosas que sean, para nosotros no tendrán importancia mientras no veamos que el Rey atraviesa la frontera, aclamado por los vascos y navarros, los aragoneses y catalanes, al frente de un ejército regular y bien organizado.

Entre tanto, derramemos una lágrima de dolor y pidamos á Dios fervorosamente por los infelices fusilados en Ciudad-Real. No podemos explicar á nuestros lectores el coraje y la pena que nos causa este infausto suceso.

Las últimas cartas de la Habana dicen que el cólera se habia desarrollado en algunos puntos del departamento Central; y aunque hasta ahora se ceba casi exclusivamente en las partidas de los salteadores que pululan por aquellos campos, es de temer que se haga extensivo á las poblaciones que ocupan nuestras tropas.

En Puerto-Príncipe y Nuevitás se habian dado ya algunos casos, así como en el pueblecillo de las Minas, donde ha ocasionado sensibles bajas.

Las aguas dificultaban las operaciones de nuestras tropas contra los insurgentes; sin embargo, parecia haber mejorado algo en aquella fecha la situaci6n.

Las esperanzas que habia hecho concebir el nombramiento del Sr. Caballero de Rodas se iban robusteciendo progresivamente con acertadas disposiciones militares, á las cuales se debe que apenas pase un día sin que la

*Gaceta* anuncie allí algún nuevo triunfo para nuestras armas y un nuevo escarmiento para los enemigos de la patria.

Sin embargo, parece que el Sr. Caballero de Rodas ha pedido refuerzos.

El rico y vasto territorio conocido con el nombre de *Vuelta Abajo*, conserva su tranquilidad inalterable, á pesar de los grandes esfuerzos que se han empleado para llevar allí la desunion y la discordia.

El general Letona habia sido reemplazado por el general Puella en Puerto-Príncipe.

Habia mejorado tambien la situacion de las jurisdicciones de Cinco Villas, que forman el emporio de la riqueza de aquella Antilla.

La incesante persecucion que sufren las gavillas de bandoleros que recorren aquel territorio todavía, y los inexorables pero justos castigos que se imponen á los incendiarios y asesinos, han hecho renacer algo la seguridad y confianza entre todos los hombres honrados. La insurreccion, ó, con mas propiedad dicho, el bandolerismo, subsistirá algún tiempo todavía, porque es imposible aniquilarlo en pocos días; pero antes de mucho tiempo los bizarros tercios de la Guardia civil se encargarán de acabar de limpiar de salteadores aquel vasto territorio, pues en época no lejana será ya únicamente trabajo propio de institucion tan benemérita.

Los individuos de la junta cubana que habian sido puestos en libertad en Nueva-Yorck bajo fianza, favorecidos por la noche, y por la oscuridad y la lluvia que á torrentes caia, se embarcaron con unos quinientos hombres en tres ó cuatro vapores remolcadores; y como lograsen llegar á alta mar sin obstáculo, creyeron haber burlado á las autoridades.

Pero á la boca del puerto habia tres guarda-costas, los cuales no perdian de vista á un vapor grande, el *Catherine-Whiting*, que estaba allí anclado, y que sabian era el destinado para trasportar los aventureros á Cuba, al cual aprehendieron al salir de la bahía.

Las personas presas fueron conducidas al arsenal de Brooklyn, y detenidas por las autoridades navales en virtud de una órden recibida del departamento de Estado, y firmada por el presidente. Los hombres quedan considerados como prisioneros de guerra, y entre ellos está D. Ignacio Alfaro, ministro de la Guerra de la junta cubana, y el secretario de la misma, Dr. Bassora.

Concluiremos esta revista anunciando á nuestros lectores que varias redacciones de periódicos de oposicion han sido invadidas por una turba de patriotas; que algunos redactores han sido gravemente heridos; que en el Prado y en las calles se insulta á las damas que llevan cierta clase de adornos, como margaritas, corales, etc.; y, en fin, que el salvajismo se va introduciendo perfectamente en España, junto con la *semilla fecunda* de la libertad.

Y nada mas por hoy.

## CORRESPONDENCIA ESTRANJERA.

HENDAYA (frontera francesa) 3 de julio.

Ya ven Vds. que me voy acercando, segun les prometí, aunque todavía hallo larga la distancia que nos separa; pero, Dios mediante, todo se andará, y sin que tarde mucho. Vamos á las noticias.

Ya de las de aquí no puedo darles ninguna; lo único que me toca hacer es comentar las que se dan ahí. ¿Dónde está el Rey? Sobre este punto capitalísimo hay tantas opiniones como periódicos. Aseguran unos que se halla oculto en un pueblecillo de la frontera catalana; otros que en el sitio en que fecho esta carta; otros que no ha salido de Paris sino para Fontainebleau, y otros que aun se halla en Paris esperando el momento oportuno de entrar en España. ¿Dónde está el Rey? Estaba por decírselo á Vds., pero me lo guardo, porque estoy persuadido de

que al dia siguiente, ó á los dos de publicarse esta correspondencia, lo sabrán Vds. y lo sabrá toda España. Básteles, en tanto, saber que el Rey está donde debe de estar, siempre dispuesto, y hoy impacientísimo para hacer lo que debe de hacer.

De otra cosa hablan tambien unos y otros periódicos siempre que se ocupan del Rey, y estamos viendo que no se ocupan de otra cosa: es de que, donde esté, está muy desalentado. Si no se sabe dónde alienta, ¿cómo se sabe cuál es su disposicion de ánimo? Y ademas, ¿por qué habia de estar el Rey desalentado? «Porque, se añade, la tentativa carlista no ha tenido éxito.» Mas nada de esto nos quita la palabra, pues que, por un lado, no vemos qué tentativa es esa, y suponiendo que exista, no vemos tampoco que haya fracasado.

No hay tal tentativa carlista, y los hechos lo están proclamando. Seguramente, si hubiese llegado la época de que la comunión carlista hiciera la manifestacion que ha de demostrar á Europa que en ella se encuentra toda la vitalidad española y ha de salvarnos, la manifestacion seria tal, que nadie dudara de ese su carácter: aquí solo hemos visto que cuatro ó cinco mil manchegos, en uno de esos arranques que tanta justificacion tienen en lo que hoy sucede en España, han salido aclamando á Carlos VII, y sostienen esa bandera á pesar de los partes oficiales y de los sueltos de *La Iberia*. Pero entre esto y lo que supone la manifestacion carlista, hay una enorme diferencia, señalada ya en el hecho de que solo sea la Mancha, hasta ahora, la provincia en que esto ha sucedido. Mírese, pues, la cosa por donde quiera, no cabe, en términos razonables, hablar de la manifestacion carlista calificándola de *tentativa*, y menos aun puede decirse que no haya tenido éxito.

Jamás, por el contrario, se ha visto nada parecido á lo que ahora estamos viendo, á lo que hace el liberalísimo gobierno de Madrid. O'Donnell en 1866, á la raíz de la tentativa de Prim y despues de lo del 22; Narvaez al estallar la sublevacion de agosto el 67; Gonzalez Brabo al desterrar á los generales que luego se batieron en Alcolea, no hicieron tanto como lo que ha hecho el general Prim sin que tuviera un solo enemigo armado delante de sí. ¡Admirable confesion! Se cuenta con dos ejércitos considerables de mas de cien mil hombres cada uno; se dice que se cuenta con la opinion del pais; se tiene la plena disposicion de todos esos medios liberales que se supone son tan eficaces para conjurar todo linaje de peligros y dominar toda clase de dificultades; por otra parte se afirma que la comunión carlista nada es ni representa en la opinion, que murió definitivamente en los campos de Vergara, y sin embargo de eso, y con todo lo otro, los héroes de Cádiz y de Alcolea tiemblan hasta el punto de que, por una mala pesadilla, sin que el fantasma tome cuerpo, dejen atras á los gobiernos que mas han combatido por sus precauciones reaccionarias. ¿En qué opinion se tienen los héroes vivos de tantas revoluciones, y cuál es el juicio que les merecemos nosotros los muertos de Vergara?

Hemos conseguido ya la mas brillante victoria, y se la debemos, justo es reconocerlo, aunque no lo agradezcamos, á nuestros adversarios. De un golpe, por solo su conducta, Europa, que habia llegado á creer tambien en nuestra muerte, y que se figuraba que todas las soluciones, hasta la de Montpensier, eran posibles, excepto la nuestra, nos ve llenos de vida y pujanza, y tiene que reconocer, y está ya proclamando, que en España no hay otra solucion posible que la que restablezca el Trono católico, legítimo y tradicional en la persona de su legítimo representante el jóven y heróico Carlos VII.

Digo que Europa, engañada hasta ahora, lo reconoce y lo proclama, y añado que no podia menos de ser así, porque en Europa no se han perdido la razon y el sentido comun. Se dudaba de nuestra existencia, y se creia que todo era posible en un pais en que nada aparecia determinado. ¿Cómo, se decian los hombres pensadores, se venció tan fácilmente la gran conspiracion revolucionaria desde 1866 á 1869? Porque no tenia simpatías ningunas en el pais, y esto es la verdad. Pero ¿cómo, se se-

guian preguntando, pudo esa conspiracion, tan fácilmente vencida en 1866 y 67, conseguir tan fácil victoria en 1868, y cómo el Trono caído en 1868 no encuentra á la raíz misma de su caída ningun defensor? Porque tampoco eso contaba con la opinion, porque tampoco el Trono de 1833, derribado en 1868, tenía á su favor los sentimientos del pueblo; y tambien esto es la verdad. ¿Luego el pais, proseguian, está por la república? No, se respondian; porque, de otro modo, la república, en que de hecho se está viviendo, quedaria proclamada, y nadie se atreve á tanto, y los mismos republicanos parece que dudan de su prestigio en el pais. En ese caso, ¿Montpensier es quien cuenta con el favor del público? Tan lejos está de eso, que disponiendo de la porcion mas atrevida y decidida de los hombres que disponen de la fuerza pública, la candidatura de Montpensier está enterrada bajo el desprecio general. De consiguiente, concluirán los extranjeros, lo que se ve es que en España no hay espíritu público, y que por lo mismo que nada en ella parece posible, todo puede imponerse el dia menos pensado.

Mas hé aquí que la comunión carlista se deja ver y se deja sentir en Europa por los temores de los hombres todos de la revolucion; hé aquí que esos hombres contradicen todas sus palabras con todos sus hechos, viéndoseles azorados y temblorosos apelar á los medios mas violentos para resistir á enemigos que no se han echado siquiera al campo, y la Europa conoce la verdad que habia querido ocultársele con la mentira de tantos años, y rectifica su juicio diciéndose: «Hay espíritu público en España; hay un sentimiento general vivaz y potente, del que por necesidad ha de ser el triunfo; existe el partido del derecho, de la legitimidad, de la tradicion, representado providencialmente por un jóven valerosísimo, y no hay que temer que España se disuelva como Méjico ó perezca como Marruecos; España, por el contrario, recobra su fuerza y su puesto entre nosotros por la monarquía de Carlos VII.»

Así están las cosas; eso ha conseguido la revolucion, y por ello debemos darla las gracias. En el mismo camino sigue hoy empeñada; y como antes ha mentido, miente hoy cuando habla del levantamiento de la Mancha, que dió por sofocado desde el primer momento, y que existe todavía. Si con el arranque de una sola provincia sucede eso, ya es fácil calcular lo que sucederia con la explosion de todas.

Dejo mi correspondencia aquí. No tengo ánimo para ocuparme hoy de las noticias extranjeras, y no quisiera comprometer á Vds. si siguiera ocupándome de las españolas, de esos crímenes, de esos escándalos que tienen lugar en todas partes, empezando por la misma capital, á la vista y bajo la acción del gobierno, mientras el regente tiene besamanos en la Granja, Prim recepciones de corte, y los alcaldes banquetes regios en regias mansiones. *Quos Deus vult perdere...*

### ADVERTENCIA.

Á aquellos de nuestros suscritores que hacen la propaganda de la Revista y desean saber si las nuevas suscripciones pueden comenzar desde el primer número, correspondiente al 5 de mayo, debemos decirles que acabamos de hacer una larga reimpresion de aquel y de los cuatro números consecutivos, así como de los pliegos del notabilísimo folleto del P. Magin Ferrer.

Pueden, por consiguiente, admitir suscripciones desde el 5 de mayo, en la seguridad de que los que nos favorezcan recibirán puntual é inmediatamente todos los números publicados hasta la fecha.

### CONDICIONES Y PUNTOS DE SUSCRICION Á LA REVISTA «ALTAR Y TRONO.»

**Madrid.** En su Administracion, calle del Carbon, núm. 4, cuarto tercero; en la imprenta de *La Esperanza*, calle del Pez, núm. 6, y en las librerías de Olamendi, Aguado, Tejado Hermanos, Lopez, etc.

**Provincias.** Por medio de los comisionados de la REVISTA, que lo son tambien de *La Esperanza*, ó dirigiéndose á D. Antonio Perez Dubrull, Administrador y editor de la REVISTA, acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro, ó en sellos de franqueo si aquello es absolutamente imposible; pero certificando las cartas en que vengan estos, para evitar extravíos.

**Ultramar y extranjero.** En los puntos siguientes: *Paris*, M. Brachet, rue de l'Abbaye, 8; *Agencia franco-española* de don C. A. Saavedra, 55, rue Tailbout, y en la *Librería Española*, casa de Mad. C. Denné Schmitz, rue Favart, n.º 2.—*Bayona*, M. Lasserre, rue Orbe, núm. 20.—*Habana*, Sres. M. Lopez y Compañía, D. Ricardo B. Caballero y Compañía, D. José Maria Abraido, calle del Obispo, D. Andrés Graupera, y D. Benito G. Tánago, calle de la Habana, 126.—*Matanzas*, Sres. Sanchez y Compañía.—*Puerto-Príncipe*, don Carlos Tejeiro.—*Remedios*, D. Santiago Sauri.—*Santiago de Cuba*, D. Juan Perez Dubrull.—*Puerto-Rico*, Sra. Viuda de Gonzalez, y D. Pascasio P. Sancerrit.—*Mayagüez*, D. José Miret.—*Ponce*, D. Manuel Lopez.—*Méjico*, Sres. Buxó y Compañía, Portales del Aguila de Oro, y D. Isidoro Devanes.—*Veracruz*, D. Juan Carredano.—*Puebla de los Angeles*, D. Narciso Bassols.—*Mérida*, D. Rodolfo Canton.—*Tampico*, Sres. Gutierrez y Vitory.—*Nueva-York*, en la redaccion de *El Cronista*.—*La Guaira*, Sres. Salas y Montemayor.—*Guatemala*, D. Ricardo Escardille.—*Caracas*, D. Cornelio Perozo.—*Cartagena de Indias*, D. Joaquin Velez.—*Bogotá*, Sres. Medina Hermanos.—*Lima*, D. Benito Gil.—*Buenos-Aires*, D. Federico Real y Prado.—*Montevideo*, Sres. D. Gregorio Ibarra y hermano, y D. Hipólito Real y Prado.—*Guayaquil*, A. Lamotta.—*Valparaiso* (Chile), D. Nicasio Ezquerria y D. Orestes L. Tornero.—*Santiago de Chile*, D. A. Raymond.—*Manila*, D. Francisco de Marcaida, Sres. Ramirez y Giraudier, D. Quintín Zalvidea (Santa Cruz), y D. Estéban Plana.

**La Revista se publica los dias 5, 13, 20 y 28 de cada mes.**

### PRECIOS DE SUSCRICION.

EN LA ADMINISTRACION Ó EN LA IMPRENTA DE "LA ESPERANZA."	Madrid y provincias.	Ultramar y extranjero.	POR MEDIO DE LOS LIBREROS Y COMISIONADOS.	Madrid y provincias.	Ultramar y extranjero.
Por un año.....	50 rs.	5 pfs.	Por un año.....	60 rs.	6 pfs.
Por un semestre..	25 >	3 >	Por un semestre..	30 >	3 ½ >
Por un trimestre..	13 >	> >	Por un trimestre..	16 >	> >

En Madrid podrá hacer la suscripcion, el que así lo prefiera, por medio de los repartidores, á razon de 5 rs. al mes.

### REGALO.

Á todo el que se suscriba á la REVISTA abonando el importe de un año, se le regalarán en el acto tres retratos en tarjeta perfectamente fotografiados: uno de busto y otro de cuerpo entero y traje militar del Sr. D. Carlos de Borbon, y otro de busto de su augusta esposa doña Margarita.

El que por tener ya los espresados retratos prefiera una de las dos obras siguientes, elegirá la que guste:

*Vidas de los Mártires del Japon y de San Miguel de los Santos*, con seis bonitas láminas litografiadas. Ademas contiene una detallada reseña del acto de la canonizacion, y un extracto biográfico de los Prelados españoles que asistieron á aquel grandioso acto.—Consta de 272 páginas de impresion esmerada y correcta.

*Diario Cristiano*, recopilado por el Dr. D. Miguel Martinez y Sanz.—Contiene el martirologio de cada dia, y la vida de algunos de los Santos que figuran en él, ó bien la esplicacion del misterio que en aquel dia celebra la Iglesia.—Consta de 440 páginas de impresion compacta y esmerada.

Á los señores corresponsales y librerías, tanto de España como del extranjero y Ultramar, que reunan cinco ó mas suscripciones, se les enviará grátis la REVISTA. De igual beneficio participarán tambien los particulares que reunan el mismo número de suscritores.